

**MIRIAN G. BLANCO**



**SOBRE  
RUEDAS**

**Rick Méndez, el nuevo héroe mecánico**

**SOBRE  
RUEDAS**

**Mirian G. Blanco**

Título: Sobre Ruedas  
©2019, Mirian G. Blanco  
©De los textos: Mirian G. Blanco  
Ilustración de portada: Mirian G. Blanco

**Todos los derechos reservados**

**Debo reconocer que nada de esto sería posible sin el apoyo incondicional de mi familia, de mis seres queridos y, por supuesto, de todos los lectores que leen mis novelas.**  
**¡Gracias!**

# Sinopsis

Un coche y un taller perdido en la nada.

Dos únicos factores que unirán a una pareja.

¿Y quién le diría a Jennifer Hernández que una avería en su auto le ayudaría a conocer a Rick Méndez, el mecánico más sexy que jamás haya visto en toda su vida?

Dos polos totalmente opuestos, pero cuyas atracciones serán visibles y palpables.

Una historia romántica que confirmará que el amor a primera vista no existe, sino la persona adecuada en el momento adecuado.

Pasión, celos, peleas y, sobre todo, amor... ¡muchísimo amor!

—¿Cómo está mi coche? —pregunté con cierta preocupación.

—Sobre ruedas. Bueno, mejor dicho, sobre dos ruedas —respondió él con socarronería».

Rick Méndez, el nuevo héroe mecánico.

\*\*\*\*\*

# Capítulo 1

¡Maldita sea, Daimler AG y su marca alemana!

«Vamos, Jennifer, cómprate el nuevo Mercedes Benz Clase C», decía mi mejor amiga Ana.

«¡Oh, desde luego que sí, la mejor compra del mes!», pensé yo con ironía.

Simplemente estaba disfrutando del sonido de la música de mi radio mientras conducía por unas pistas secundarias, alejada de la ciudad, hasta que mi coche se detuvo repentinamente. Parpadeé varias veces, atónita por lo que acaba de suceder. Así que, me bajé del coche para ver qué demonios había pasado. El terreno de la pista era desigual, cubierto de piedras, y por culpa de mis tacones apenas conseguí mantener el equilibrio.

Alcé mi mano para producir un poco de sombra sobre mis ojos. Era un día de verano muy caluroso. Suspiré con cansancio y golpeé la rueda del coche con la punta del pie.

¡Oh, mierda! ¡Las dos ruedas delanteras estaban pinchadas!

Genial, Jennifer, genial...

A lo lejos, observé un pequeño taller que parecía abandonado y leí el rótulo de la entrada: Talleres Méndez.

Luego, observé la hora en mi reloj de pulsera y prorrumpí en improperios.

Iba a llegar tarde a las clases de la señora Olalla, una mujer cruel y para nada compasiva. Para ser más claros, aquella mujer era peor que una bruja en la noche de Halloween.

Así que, eché a correr con mis zapatos de tacón alto mientras me maldecía a mí misma por haber tomado aquel atajo. Nunca más me fiaría del maldito GPS.

«Gire a la izquierda. Gire a la derecha. A cien metros usted verá un cruce...».

¡Estúpido cacharro!

—¿Hola, hay alguien aquí? —pregunté cuando entré dentro del taller.

Me doblé sobre mí misma al instante, cogiéndome las rodillas mientras respiraba entre jadeos.

¡Vale!

Apenas había corrido unos metros, pero encima de mis tacones era más complicado.

—Hola, buenos días, ¿en qué puedo ayudarte? —interrogó un hombre de mediana edad desde la pequeña recepción del taller.

Yo suspiré, aliviada, al darme cuenta de que el taller no estaba abandonado.

—Sí, verá —expresé, apoyando mis manos a ambos lados de mi cuerpo. ¿Por dónde debería empezar?—. Venía conduciendo tranquilamente hasta que las ruedas de mi coche explotaron y del capó empezó a salir humo blanco —le expliqué sin dejar de gesticular con ambas manos.

El hombre pestañeó varias veces, fascinándose con la rapidez que había hablado. Estaba muy alterada. Sabía que reparar el coche iba a ser muy caro, pero eso no era lo que me inquietaba, sino la bronca que me echaría mi padre cuando se enterara de que había tomado un atajo para ir a la universidad.

—¿Dónde está el coche? —preguntó el hombre mientras se acercaba al enorme portalón del taller, pero ya no hizo falta responderle cuando él observó el único coche que estaba parado en mitad de la pista y con humo en el capó—. Vale, a simple vista, el coche no tiene muy buena pinta. Creo que el problema está en la dirección. Esto suele pasar con los coches viejos que han recorrido demasiados kilómetros.

—¿Viejo? —dije, llevándome la mano al pecho dramáticamente—. Lo compré hace unos días—confesé.

—Vaya... —murmuró él, incrédulo—. Pues, sinceramente, yo te recomendaría llamar a tu concesionario. Tendrá que tener una garantía y...

—¡No, no y no! —Agité mis manos en lo alto, consiguiendo sobresaltar al pobre hombre—. Mi padre no se puede enterar de lo que ha sucedido. Le pagaré lo que sea. Solo... —dije, haciendo un mohín con los labios, mientras observaba cómo el humo salía del capó del coche—. ¡Arréglole como sea!

—Ahora mismo, mi hijo no está aquí para echarle un vistazo al coche —explicó él—. Pero mañana, si puedes, pásate por el taller y hablaremos del tema. No sé cuánto tiempo nos llevará arreglar tu coche, pero mi hijo es muy bueno en su trabajo. —Él alzó el dedo índice para señalar el humo del capó—. Creo que el vapor ha salido por la válvula de escape del circuito refrigerante. Eso puede deberse a que el radiador esté obstruido o, tal vez, a que el alternador esté chamuscado.

Yo asentí con la cabeza como si comprendiera.

—Mañana... —murmuré en apenas un hilo de voz—. Está bien. Esto...

¿tengo que dejar mi número de teléfono?

—Sí, pero primero será mejor que saque el coche de allí —carcajeó el hombre con gracia.

Traté de llevar la situación con humor, pero no me causaba ni una pizca de gracia saber que mi coche estaba averiado.

Firmé unos cuantos papeles, me despedí del buen hombre que se llamaba David, y salí del taller para correr de nuevo por la pista hacia la parada de autobuses.

—¡Ay! —expresé cuando me tropecé con una piedra.

¡A este paso iba a llegar a clases en muletas!

Volví a observar la hora en mi reloj de pulsera. Aún tenía una hora para llegar a la universidad, pero sin esperármelo, el autobús comenzó a arrancar. Si mi amiga Ana estuviera aquí, ¡no se lo creería! Jennifer Hernández, como un pato mareado encima de sus tacones, persiguiendo a un autobús.

—¡Pare, por favor! —grité a todo pulmón y el autobús frenó de golpe—. Lo siento mucho—le dije al conductor cuando subí las escaleras del bus.

Observé su pelo largo y peinado en rastras. Luego clavé la mirada en su camiseta blanca con la imagen de Bob Marley.

Sacudí la cabeza y hablé:

—Necesito ir al campus del lado este de la ciudad y...

—Hablas demasiado —El conductor me interrumpió con brusquedad. ¡Diablos! ¿Acaso los hippies no les gusta repartir paz y amor por el mundo? —. Mi siguiente, y última parada, es la estación treinta y cuatro de la ciudad. No soy un taxista, chica.

Yo asentí, conformándome con su repuesta. Si su última parada era en el centro de la ciudad, allí no tendría ningún tipo de problema en localizar un taxi.

Avancé por el pasillo del bus y tomé asiento. Rebusqué en mi bolso hasta encontrar mi móvil.

¡Batería agotada!

¡Genial!

Luego volví mi asustadiza atención a la parte trasera del autobús. Tres chavales con muy malas pintas empezaron a cuchichear cosas absurdas sobre mi vestimenta. Me observé a mí misma de arriba abajo para escrutar el atuendo que había elegido: falda, camisa blanca y zapatos de altos tacones de color azul celeste, ¡mis preferidos!

Cuando llegamos a la ciudad, mi tensión se aflojó. Sabía que si me sucedía



algo, la gente me ayudaría.

—¡Última parada! —gritó el conductor.

Yo, sin esperar a que los demás pasajeros reaccionaran, me levanté del asiento como un resorte.

¡Uff!

No me gustaba que aquellos tres hombres me estuvieran analizando como si fuese un objeto para comprar.

Y antes de bajarme del bus, gemí cuando alguien me agarró del brazo para que me volviera. Giré bruscamente y observé al fanático de Bob Marley.

—Son cuatro pavos, niña —habló él, sujetándome por el brazo con más fuerza.

—¡Oh, por supuesto! —respondí con una sonrisa forzada mientras sacaba la cartera del bolso—. ¿Tiene usted descambiado? —pregunté con un billete de diez euros en la mano.

Noté una extraña sensación de malestar cuando uno de aquellos tres hombres se apegó a mí por la espalda. El conductor agarró mi billete con rabia, mientras buscaba por cambio.

—¡Da igual, quédese con la vuelta! —le dije al conductor mientras observaba de reojo a los tres desconocidos.

Bajé de un salto las escaleras del autobús, rezando para que mis tacones no se rompieran en el acto. Ahora solo pensaba en llegar a la parada de taxis para que algún conductor me llevara a la universidad.

Pero aquel día, la suerte no estaba de mi lado...

—¡Venga ya! —expresé con las manos en alto.

¿Dónde estaban los malditos taxis? Era imposible que todos los taxis de la ciudad estuvieran ocupados.

De repente, giré sobre mis talones y clavé la mirada en los tres tíos del autobús, quienes se acercaron hacia mí sin borrar las sonrisas de sus labios. Tal vez me estaba emparanoiando y aquellos chicos no eran malas personas, pero no iba a quedarme allí para averiguarlo.

—¡Taxi! —grité, cruzando la carretera sin mirar, cuando distinguí la tenue luz verde de un taxi acercándose hacia mí.

Muchos coches comenzaron a pitar y a cambiar de carril para no atropellarme. Dejé mis manos apoyadas en el capó del taxi y observé de nuevo a aquellos tres hombres que siguieron caminando hacia mí.

*Piii, piii.*

El taxista tocó el claxon y yo me sobresalté. Clavé la mirada en el

conductor y sentí que mis piernas se convertían en flanes.

¡Madre mía!

El taxista era un hombre muy apuesto. Y cuando digo apuesto, me refiero a un hombre condenadamente hermoso y sexy. Tenía una cabellera negra, peinada en un extraño tupé, y unos ojos azules muy intensos que me flecharon en el acto.

—¡Si no sales de la carretera, llamaré a la policía! ¡Niñata! —gritó una mujer por la ventanilla de su furgoneta.

Desplacé mis pies hasta la puerta trasera del taxi y me senté. Traté de peinarme el pelo con los dedos, rezando para que mi maquillaje y mi indumentaria estuvieran en perfecto estado.

¡Qué tontería!

De nada servía aparentar ser una chica «formal», cuando había cruzado la carretera sin mirar.

Me mordí el labio inferior con nervios mientras observaba al conductor, pero él siguió conduciendo con parsimonia como si nada anormal hubiese sucedido.

—Yo... —intenté hablar, pero cerré la boca de golpe.

Por primera vez en mi vida, sentí las famosas mariposas en mi estómago mientras mi corazón parecía un ferrocarril, lanzando humo y golpeando contra mi pecho.

¿Estaba experimentando acaso los efectos de un amor a primera vista?

Bah, ¡chorradas!

—¿Te ha comido la lengua el gato, loquilla? —preguntó él, con voz ronca y sensual.

Para mis oídos, el sonido de su voz era armoniosa. Sus ojos, azules como el mar, me miraron fijamente por el espejo retrovisor y sentí los fuertes latidos de mi corazón en la garganta.

Espera un momento... ¿me ha llamado loca?

---

## Capítulo 2

—¿Qué acabas de decir? —pregunté con una ceja enarcada y con un deje de indignación.

—Lo que has escuchado —respondió él con prepotencia mientras sus ojos seguían escrutándome por el espejo retrovisor.

Noté que empezaba a temblarme el mentón. La ira borboteaba y me desbordaba por dentro, un sentimiento que al mismo tiempo me asustaba y, sí, me excitaba.

—No estoy loca, ¿vale? Si supieras todo lo que he tenido que hacer para tomar un simple taxi, no te lo creerías —le expliqué con los puños apretados—. Así que, cierra el pico y llévame al campus de la zona este de la ciudad —exigí, apoyando mi cabeza contra el asiento.

—No creo que eso sea posible, señorita —dijo él, haciendo hincapié en la última palabra.

Su inesperada respuesta hizo que yo estallara en carcajadas nerviosas.

—¿Estás segura de que estás bien?

Grité llena de cólera, inspiré fuertemente y sin dilación alguna, lesolté todo:

—Me gustaría verte en mi situación, ¡pedazo imbécil! —expresé con rabia, sin importarme que aquel desconocido se enojara conmigo—. Hace siete días me compré un coche y justamente hoy, cuando decidí tomar un atajo para llegar antes a la universidad, se estropeó en mitad de un pueblo fantasma. Y ahora, si llego tarde a las clases de la «bruja», me suspenderá la asignatura o, peor aún, me echará un mal de ojo. —Tomé una enorme bocanada de aire, antes de seguir hablando—. Y tal vez te estés preguntando dónde dejé mi coche. Pues bien, para mi suerte, en el pueblo fantasma había un taller y el dueño me explicó que mi coche podría tener el alternador chamuscado... ¡O qué se yo! Nunca me ha gustado la automoción. Pero, espera, porque lo peor vino después —expuse, sin dejar de gesticular—. Tuve que correr detrás de un autobús porque el conductor no me había visto y no me extraña, porque el tipo tenía unas rastras que le tapaban la cara entera. Y ahora, para terminar la mañana, me encuentro contigo. Sí, un irritable conductor de taxis que no quiere ejercer su trabajo. ¡Por el amor de Cristo! —expresé con la cara colorada.

Hubo un incómodo silencio.

¡Sí, tenía que reconocerlo! Cuando me aceleraba, hablaba demasiado rápido.

—¡Joder! ¿Cómo eres capaz de hablar tan rápido sin apenas respirar?

—¿Eso es lo único que se te ha quedado de todo lo que te he dicho?

—Mira, pequeña. —Él volteó su cuerpo al asiento trasero cuando el semáforo se puso en rojo—. Ni soy taxista y ni me importan tus problemas, ¿está bien?

Yo abrí la boca, sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—¿Acaso te estás burlando de mí?

Gesticulé tanto con los brazos que el primer botón de mi camisa se abrió. Desvié mi atención a él y nuestras miradas se encontraron en el espejo retrovisor. Abrí la boca cuando me di cuenta de que sus ojos azules estaban clavados en mi escote.

—¡Eres un asqueroso! —chillé, totalmente indignada, y me abalancé sobre el asiento del conductor.

Mi idea era insultarlo como se merecía, pero cuando nuestros rostros quedaron a milímetros de distancia, mi coraje se desvaneció.

—Señorita —susurró y su aliento chocó contra mi boca. Yo observé fijamente sus labios y el movimiento que hacía con su boca—. Haga usted el favor de volver a su asiento y abrocharse el cinturón.

Yo fruncí el ceño, confusa con ese repentino cambio de tema. Y a punto de contestarle, el semáforo cambió a verde y él arrancó el coche violentamente.

—¡Tú sí que estás loco! —vociferé con miedo cuando mi espalda se golpeó contra el respaldo del asiento trasero.

Él siguió avanzando a toda velocidad, serpenteando peligrosamente entre el tráfico de la ciudad.

Yo me agarré bien a la agarradera que había encima de la ventanilla mientras pensaba en todo lo que me estaba sucediendo. Esto era completamente surrealista.

En menos de cinco minutos, el taxi se detuvo enfrente de un bar.

Yo, aún sujetando la agarradera del coche, observé por la ventanilla a un hombre acercándose al taxi.

—Bájate, loquilla —me ordenó el conductor y yo le hice caso.

—Creí haberte pedido arreglar las suspensiones de mi coche, no que las probaras con una tía —comentó aquel hombre como si yo no estuviera presente.

Lo fulminé con la mirada y, antes de que soltara por mi boca cualquier tontería, el conductor del taxi se explicó:

—Es una estudiante de la universidad del campus de la zona este de la ciudad. Al parecer, se le ha estropeado el coche, persiguió a un autobús conducido por un hombre con rastras, se cruzó en medio de la carretera y... ¡aquí está! —explicó, sacando una arrugada cajetilla de tabaco del bolsillo trasero de su pantalón.

Exhalé por la nariz todo el aire mediante un solo golpe sin dejar de observarlo. Parecía un toro cabreado con ganas de clavar los cuernos en aquel trasero redondito.

—Pues si ella necesita ir a la universidad, yo mismo la llevaré —respondió el dueño del taxi con sequedad, al mismo tiempo que entraba en el coche.

Yo fruncí el ceño y clavé la mirada en aquellos ojos azules que tanto me intimidaban, pero él estaba tan concentrado en encender el cigarrillo que ni siquiera se dio cuenta de mi rabia.

—Ojalá te pudras en el infierno —murmuré por lo bajo, al mismo tiempo que abría la puerta trasera del taxi.

—Entonces, nos veremos allí —dijo él, guiñándome un ojo.

¡Uff, noté que se me estaba acabando la paciencia!

—Eres un completo degenerado. ¡Espero que no nos volvamos a ver nunca! —grité a todo pulmón y la gente que estaba en la terraza del bar empezó a cuchichear: «esa mujer está loca».

—No está bien mentir, pequeña. Sabes que deseas volver a verme, que me quieres cerca... —comentó él con una sonrisa picarona dibujada en su cara—. Límpiame las babas —me ordenó, pasándose la mano por los labios.

—¡Imbécil! —grité enojada y cerré la puerta de un golpe.

Solté una ristra de improperios y golpeé el reposacabezas con el puño.

¡Maldito ególatra!

Debía reconocerlo, él era guapo... muy guapo. Pero también era irritable, fastidioso, egocéntrico...

¡Era un grano en el culo!

El conductor carraspeó para hacerse notar. Yo sonreí forzosamente y traté de mostrarme tranquila.

—Te llevo al campus de la zona este de la ciudad, ¿no?

Parpadeé un par de veces y asentí con la cabeza.

—Sí, por favor.

Durante el trayecto pensé en inventar alguna excusa para evitar el castigo de la señora Olalla, pero toda mi concentración estaba puesta en aquellos ojos azules que me hechizaron por completo.

—Listo, ya hemos llegado—dijo el conductor cuando estacionó el taxi enfrente de mi residencia—. Son diez euros.

—Sí. Está bien...—respondí mientras buscaba el monedero dentro del bolso.

¡Oh, no!

Me aparté el flequillo, inspiré para llenar hasta el límite los pulmones y traté de calmarme.

¡Vale, me habían robado la cartera en el maldito autobús!

Desvié la mirada de mi bolso y observé el rostro enfurecido del conductor. Tragué saliva con cierta dificultad mientras el corazón me latía frenéticamente.

—No tengo todo el día, niña —dijo él con voz crispada.

—Yo... es que... bueno... esto puede sonar raro, pero creo que me han robado la cartera.

Él enarcó las cejas, incrédulo.

—Dame mi dinero, ¡ahora! —exigió, extendiendo su mano hacia mí.

—Por favor, no se cabreé conmigo. Le pagaré.

—¿Cuándo? —preguntó él con desconfianza.

Me mordí el labio inferior con nervios mientras pensaba qué decir. Pero cuando observé la hora en el reloj del salpicadero del coche, sentí un nudo en el estómago.

¡La primera clase de Olalla ya había empezado!

—Cóbrenle el viaje a mi novio. —Disfracé mis nervios y mi resquemor con una cálida sonrisa.

—¡Oh, buena idea! —contestó él con una sonrisa fingida—. Pero no tengo ni puñetera idea de quién es tu novio, niña —gritó y yo sentí los latidos acelerados de mi corazón

—Mi novio es el chico de antes —aclaré con rapidez.

El conductor aprovechó el silencio para examinarme.

¡Maldita sea!

No se me daba muy bien mentir. De hecho, a la mínima mentira mis mejillas se ponían rojas como un tomate.

—Está bien, pero le cobraré el doble porque tengo que desplazarme hasta su casa, ¿vale?

—Por mí como si le cobra el triple. —Le guiñé el ojo y le sonreí de oreja

a oreja—. Que tenga un buen día, señor.

Salí del taxi y corrí hacia la universidad mientras pensaba en lo que se me venía encima. Después de clases, cuando Olalla me echara la bronca, tenía que ir a la comisaría para denunciar el robo de mi cartera.

Llegué a la mitad del pasillo donde había una puerta de madera y una placa clavada donde citaba: «Sala de Arquitectura».

Alcé el puño en el aire y di un suave toque en la puerta. Entré cuando desde dentro me lo indicaron.

—Señorita Hernández, llega usted tarde —comentó Olalla, sacándose las gafas de leer para fulminarme con la mirada. Yo sonreí con timidez mientras mis compañeros de clase me observaban fijamente—. Tome asiento, por favor. Obviamente, le pondré una falta de asistencia. Una falta más, señorita Hernández, y será expulsada de mis clases.

Me senté en mi pupitre tratando de hacerme invisible, saqué el libro de arquitectura y me froté las sienes. Tenía que dejar de pensar en aquellos ojos azules, ¡maldita sea! Aquel hombre era altanero y jactancioso. No entendía por qué cada vez que pensaba en él las mariposas del amor me hacían cosquillas en el estómago.

Más tarde, iría al supermercado para comprar un insecticida...

—Psss, psss.

Giré la cabeza hacia la derecha y observé a Ana, mi mejor amiga, sujetando un trozo de papel en la mano. Yo me aseguré de que nadie nos estuviese viendo y me incliné hacia su pupitre para agarrar la nota y leer lo que ella me había escrito:

«Jenny, tu sujetador blanco es divino, pero deberías cerrar los botones de tu camisa».

Me llevé las manos a la cabeza, y dejé caer mi frente pesadamente sobre la mesa.

¡Oh, mierda!

---

## Capítulo 3

El sonido que hacía alegrarme los días era el ruidoso timbre que ponía fin a las clases. Y lo mejor de todo era que mañana, por fin, sería viernes.

—Tía, ¿quieres que Olalla te suspenda la asignatura? —me preguntó Ana mientras la dos caminábamos por los pasillos del edificio.

—He tenido un día de locos —confesé cuando empujé la puerta y salí afuera.

La universidad donde estudiaba era privada y las residencias estaban separadas entre hombres y mujeres. Aunque, a decir verdad, muy poca gente respetaba aquella norma. Era muy habitual ver entrar a hombres en mi residencia y montar orgías en cualquier esquina.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Ana.

—Mi querido Mercedes me ha dejado tirada.

—¿Cómo? —ella alzó la voz mientras entrábamos en nuestra residencia.

—Salí de la autovía y, como iba justa de tiempo, decidí tomar un atajo que el GPS me recomendó. Y.. ¡pum, pum! Las dos ruedas delanteras del coche explotaron y, probablemente, el alternador esté chamuscado.

—¿Lo has chamuscado? ¿Como un trozo de carne en una parrilla? —preguntó ella con un deje burlón mientras reía con una carcajada estridente.

Puse los ojos en blanco y negué en silencio.

—¡Any, a mí no me hace gracia! Si mi padre se entera, me va a matar. ¡Literalmente! —exageré.

—Pues claro que se va a enterar cuando el concesionario lo llame.

—No he llevado el coche al concesionario. Tuve la «suerte» de encontrarme con un pequeño taller pueblerino —dije y entré en nuestro apartamento.

—¿En serio has dejado el Mercedes en un taller pueblerino? ¿Y si los dueños son unos estafadores? —preguntó, llevándose las manos a la boca y exagerando la expresión de miedo que mostró en su rostro.

—El dueño del taller parecía un buen hombre —confesé, lanzando el bolso al suelo.

Necesitaba descansar un rato, ducharme y relajarme un poco.

—Definitivamente, amiga, estás loca —expresó ella con un deje burlón y



yo me mordí el interior de mi mejilla para reprimir un gruñido.

¡Estaba harta de que me llamaran loca! ¡No estaba loca!

Ana y yo compartíamos apartamento en la residencia. Para mí, ella era como una hermana. Nos conocíamos desde que íbamos en párvulos y esperaba que nuestra amistad perdurara para siempre.

Caminé hacia mi habitación y abrí la puerta.

—Luego hablamos, Any. Estoy hecha polvo —le dije, antes de entrar en mi habitación y cerrar la puerta.

Me despojé de mi ropa y me di una ducha calentita sin mojar mi cabello. Dejé que el chorro caliente de agua aflojara la tensión de mis hombros. Y, después de unos diez minutos, salí de la ducha y me enrollé en una toalla. Abrí las cortinas del enorme ventanal que tenía en la habitación y observé el hermoso jardín de la residencia.

Luego me enfundé en unos pantalones vaqueros, un jersey y mis tacones color negro. Gemí de dolor cuando la ampolla del dedo gordo de mi pie rozó contra el plástico de mis zapatos.

«Para presumir hay que sufrir», pensé.

—¡Ana! —la llamé cuando salí de mi habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, saliendo de su habitación con las gafas de lectura puestas.

Hice una mueca con los labios cuando me di cuenta de que Ana estaba estudiando. No podía molestarla con mis problemas.

—Nada, voy a por unos cafés. ¿Quieres que te traiga uno? —mentí mientras me colgaba el bolso en el hombro

—Sí, por favor —rogó, fingiendo llorar—. Tráeme un café bien cargado. Necesito estar en vela por la noche para poder estudiar. ¡Odio a Olalla!

—Bienvenida al club, amiga —le dije con un deje burlón, antes de salir de la habitación.

No me gustaba andar sola de noche, pero no podía molestar siempre a Ana para que me acompañara a los sitios. Ella también tenía su propia vida y sus propios problemas.

Crucé los brazos sobre mi pecho, absorta en mis pensamientos mientras escuchaba el sonido de mis tacones golpeando en el suelo. Aunque aparentase ser una pija de ciudad, yo era todo lo contrario. Era una persona que amaba la vida en el campo y estar en contacto con la naturaleza.

¡Quería estar en un lugar tranquilo alejada de los problemas!

Después de cinco minutos andando, llegué a la comisaría.

—Buenas noches —saludé con educación cuando entré.

—Hola, buenas noches, ¿en qué te puedo ayudar? —me preguntó la recepcionista.

—Quería denunciar el robo de mi cartera.

La recepcionista empezó a teclear en su ordenador

—¿En el monedero estaban las tarjetas de crédito? —interrogó ella, tomando nota de todo.

Yo negué con la cabeza.

—No, solo había efectivo. Mis tarjetas de crédito, la de la seguridad social y el D.N.I los tengo en otra cartera.

—Vale, entonces déjame tu D.N.I. Ahora mismo llamaré a un agente para informarlo.

Estuve más de media hora hablando con un agente de la policía y le expliqué detalladamente lo que pasó en el autobús. Pero yo tenía la mirada perdida, mi mente divagaba una y otra vez. Algunas veces los ruidos capturaban mi atención, pero no estaba concentrada. Hace menos de un mes estuve aquí, en la misma comisaria, por otro problema más grave.

Antes de salir por la puerta, un agente me reconoció.

—¿Jennifer? —preguntó él sorprendido. Yo me di la vuelta y lo observé—. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo —mentí, negando con la cabeza—. Hace más de una semana que no recibo llamadas telefónicas amenazantes —respondí casi susurrando.

—Si te vuelve a suceder algo, tienes que contárnoslo, ¿está bien?

—Sí, lo haré. Gracias y buenas noches, agente —le dije, antes de salir de la comisaría.

¡Sí!

Por muy extraño que pareciera, y por muy segura y dura que aparentase ser, desde adolescente he sufrido acoso. Mis compañeros de clase siempre se reían de mí por ser bajita de estatura. Y en el fondo sabía que medir un metro cincuenta y cinco no era algo anormal, pero mis compañeros consiguieron que me acomplexara mucho.

Creí que en la universidad me encontraría con gente adulta y madura, ¡pero no, todo lo contrario! La gente en la universidad era mucho peor que en la secundaria.

Y, por supuesto, decidí no contárselo a mis padres y guardarlo como un secreto. Los únicos que conocían mi problema eran los agentes de la policía y

mi amiga Ana, aunque ésta tampoco sabía toda la verdad. Lo que menos quería era preocupar a la gente que quería, concretamente a mi padre Víctor. Hace cinco años lo operaron del corazón y el médico le dijo que tenía que llevar una vida relajada. Así que, no podía contarle la verdad porque se alteraría, se disgustaría demasiado, y podría sufrir otro ataque al corazón.

Suspiré cuando el frío me golpeó en la piel. Me froté los brazos para entrar en calor y seguí caminando de vuelta al campus, ensimismada en mis pensamientos.

Hasta ahora, el trayecto de vuelta a mi residencia estaba siendo tranquilo, a pesar del ruido de los coches. Pero cuando volví la vista atrás, me di cuenta de que me estaban siguiendo. Era un hombre alto de complexión atlética, pero no pude mirar su cara porque la capucha de su sudadera le cubría toda la cabeza. Traté de relajarme y pensar que aquel individuo simplemente estaba dando un paseo, ¡pero no! Fuera quien fuese, aquel hombre me estaba siguiendo.

Eché a correr hacia mi residencia mientras mi pulso golpeaba en mis oídos. Subí las escaleras para entrar en el edificio y tropecé con mis propios pies.

Me levanté y gemí de dolor mientras me acariciaba el tobillo. Arrastré los pies hasta la puerta y busqué en mi bolso la llave del portal de la residencia.

Y en ese momento pensé: «¿para qué demonios necesitaba un bolso tan grande?».

Abrí el portal con la mano temblando, entré en el edificio y cerré el portal tras de mí. Mi pecho subía y bajaba de forma acelerada mientras mi corazón martilleaba con cada gota de mi sangre. Me di la vuelta y observé a aquel hombre a través de los cristales del portal. La capucha de su sudadera le cubría el rostro hasta la boca. Entonces, él esbozó una sonrisa maquiavélica mientras mis lágrimas corrían a raudales por mis mejillas. Sentí una mezcla de miedo e impotencia.

Subí a la segunda planta, abrí la puerta de mi apartamento y entré más calmada.

Ana salió de su cuarto y se acercó al salón:

—¿Y mi café? —me preguntó de brazos cruzados y con una sonrisa en la boca.

—Lo siento, Any. Me he olvidado de comprarlo —susurré cabizbaja mientras me dirigía a mi cuarto.

—Jen, ¿estás bien? —inquirió ella con preocupación.

—Sí, por supuesto, pero me duele la cabeza. Si no te importa, hablamos mañana —le respondí.

Cuando cerré la puerta, me dejé caer en la cama y sollocé contra la almohada hasta quedarme exhausta.

«Si te vuelve a suceder algo, tienes que contárnoslo, ¿está bien?», recordé la frase del policía.

Golpeé la almohada y ahogué un grito contra ella.

¿Qué más daba que le contara a la policía lo que me estaba sucediendo? Ellos siempre me respondían lo mismo:

«Lo siento, Jennifer, pero sin testigos o pruebas contundentes no podemos hacer nada. Pero si estás asustada o temes por tu vida, podemos enviar una patrulla de policías a tu residencia».

¡Mierda!

No quería llamar la atención y preocupar a mis padres. Así que, la idea de tener a una pareja de agentes de policía en mi residencia quedaba descartada. Además, sabía perfectamente quiénes eran mis acosadores.

¡Claro que sí!

Yo estaba en el punto de mira de Elisa y sus amiguitos. Pero el cabecilla de todo esto era Zack Hammer, el chico más popular del campus y el ex que toda mujer se arrepentiría de haber estado con él. Zack tenía un ego que necesitaba ser alabado continuamente. Él era el hijo de uno de los empresarios más poderosos del país y casi todo el mundo le bailaba el agua por conveniencia. Sí, casi todo el mundo menos yo.

Odiaba a la gente como él y no me reprimí de decírselo. Y por culpa de mi sinceridad, él y su noviecita Elisa la tomaron conmigo. Ellos dos envenenaron a mis compañeros de clase en contra mía.

No podía denunciarlos a la policía. ¿Por qué? Pues por tres motivos...

Uno: mi padre se enteraría y el disgusto se multiplicaría por dos cuando supiera que el hijo de uno de sus socios me estaba acosando.

Dos: el dinero no lo es todo, pero lo hace todo. La familia Hammer tenía los mejores abogados trabajando para ellos.

Y tres: si le hacía algo a Zack, la lista de mis enemigos se ampliaría.

Observé el techo de la habitación mientras recordaba la sonrisa maléfica del hombre que me siguió hasta el portal de la residencia. Fruncí el ceño mientras enlazaba algún cabo suelto. Aquel hombre no asemejaba físicamente a ningún otro hombre de mi clase.

Tragué saliva con dificultad. Me horrorizaba la idea de que Zack hubiese

contratado a un matón para asustarme.

Me levanté de la cama de un golpe cuando sentí unas ganas tremendas de vomitar. Mi ritmo cardíaco se aceleró, estrujando más y más el nudo en mi estómago. Entré en mi aseo personal y abrí la estantería. Agarré el frasco de pastillas para los nervios y me llevé una a la boca. Cerré la estantería y eché un vistazo a mi reflejo en el espejo.

Conocía perfectamente a Zack. Era un hombre frío y calculador, así que no podía descartar la idea de que Elisa y él contratasen a alguien para que les hicieran el trabajo sucio. Ellos dos no eran tontos, sabían perfectamente cómo actuar y qué hacer en cada momento para no levantar sospechas y que la policía nos los involucrara en esto.

Volví a tirarme sobre la cama y al fin, la pastilla hizo efecto y me quedé dormida mientras deseaba que esa noche no tuviera ninguna pesadilla.

## Capítulo 4

El sonido de la alarma me despertó y salí de la cama con pereza. Esa noche, apenas tuve pesadillas porque no conseguí pegar ojo.

Me puse unos vaqueros, una camiseta y luego clavé la mirada en mi zapato de tacón. Ayer por la noche, mientras intentaba escapar de aquel hombre, perdí el zapato derecho.

Suspiré con cansancio, me froté las sienes y me calcé mis tacones color azul celeste. Luego entré en el aseo y me maquillé para disimular las ojeras. Me estaba cansando de aparentar indiferencia ante mis problemas. Cuando me pasé la brocha por las mejillas, recordé el primer año en la universidad. Poder estudiar en una universidad privada era una oportunidad que, por desgracia, muchas personas no podían permitírselo.

—¿Qué coño te ha sucedido ayer? —preguntó Ana cuando salí de mi cuarto.

—No sé... me dolía mucho la cabeza —le mentí.

—Bueno, espero que estés mejor porque hoy, amiga mía, ya es viernes —dijo ella con emoción—. Por fin, Jen, llevamos dos semanas esperando este día.

—Sí... —respondí con desgana.

Hoy se celebraba el cumpleaños de Jimena, una de las chicas más populares del campus. El cumpleaños de Jimena se iba a celebrar por todo lo alto en uno de sus chalets privados.

Y debía reconocer que sus fiestas eran las mejores de toda la ciudad. Jimena solía invitar a todos los estudiantes del campus y dejaba que estos llevaran a sus amigos a sus fiestas. A ella le daba igual estar rodeada de gente desconocida.

—Oye —dijo Ana, agarrándome del brazo—. No soy tonta, ¿vale? ¿Qué es lo que te pasa?

—No sé. No me encuentro muy bien. Creo que tengo gripe —dije cabizbaja, llevándome la mano a la frente, mientras entrábamos en clase y nos dirigíamos a nuestros pupitres.

—¡Jennifer, por favor! —Yo alcé la vista hacia ella, antes de tomar asiento y dejar sobre la mesa la carpeta que llevaba entre mis manos—. Porfa,

acompañame esta noche. Darío va ir a la fiesta —murmuró haciendo pucheros.

Darío.

¡Uff!

¿Cuántas veces había escuchado aquel dichoso nombre salir de su boca? Según Ana, Darío era el amor de su vida. Ella lo conoció en una cafetería y, desde ese momento, llevan saliendo dos meses. Y durante casi sesenta días el nombre de Darío resonó en mi mente, como un búho en la noche.

Observé sus profundos ojos y vi emoción. Suspiré cansada. No podía decirle que no...

—Está bien. Tomaré un bote entero de aspirinas —dije y su cara se iluminó en una acogedora sonrisa.

Uno de mis defectos era que no sabía decir no. Me dejé caer en el asiento y apoyé los codos sobre la mesa mientras pensaba. Ana no tenía ni idea de lo que me pasó ayer y, por una parte, quería contárselo.

¡Joder!

Necesitaba desahogarme. Necesitaba el hombro de alguien. Necesitaba llorar...

—Buenos días, jóvenes. Tomen asiento y permanezcan callados —habló Olalla cuando entró en el aula.

Yo parpadeé varias veces, despertándome de mi ensimismamiento. Al menos, las clases de la «bruja» harían distraerme de mis pensamientos...

El día pasó rápido. Ana y yo fuimos a comer juntas a la cafetería de la universidad y luego fuimos a nuestro apartamento. Ana se probó un montón de ropa, pero al final escogió un vestido amarillo que resaltaba en su tono de piel oscura.

—¡Tía! ¿Por qué tienes esa cara de preocupación? ¿Es por mi vestido? ¿Es demasiado corto? —preguntó ella.

«La preocupación se palpa en mi cara porque estoy acojonada», pensé para mí misma, deseando contarle lo que me pasó ayer por la noche.

¡Pero no, no podía hacerlo!

¡No quería preocupar a mis seres queridos!

—No digas tonterías. Estás preciosa —respondí.

—Eso es porque me ves con buenos ojos, pero espero que Darío cuando me vea piense igual que tú —dijo y sus mejillas se encendieron—. ¿Sabes? Sé que él no es para nada el prototipo de hombre que mi padre desearía para mí, pero lo amo —confesó, planchándose con la mano el vestido—. Y sé que él también me ama, aunque las primeras semanas lo pasé mal porque una

vocecita de mi mente me comparaba con su exnovia Mercedes, y ardía de celos.

—¿Mercedes? ¡No! —chillé, al mismo tiempo que me levantaba del sofá.

Ana también se sobresaltó, creo que más por mi grito que por otra cosa.

—Mi coche...—susurré mientras buscaba mi móvil en el bolso. ¡Mierda! Tenía una llamada perdida del taller—. Ana, necesito que me hagas un favor. ¿Puedes acercarme hasta el taller, porfa? —le supliqué juntando mis manos.

—Pues claro —contestó ella, cambiándose rápidamente de ropa—. Pero tengo cita en la peluquería para las cinco. Ósea, dentro de veinte minutos.

—Da igual, no te preocupes. Yo volveré a la residencia en bus.

—¿Tú? ¿En autobús? —preguntó ella con un tono de sorprendida incredulidad.

—Es una historia muy larga. Te la contaré en el coche... —murmuré, al mismo tiempo que salíamos de la residencia.

Le di a Ana la dirección del taller y, en menos de diez minutos, llegamos al destino. Me bajé del coche, me despedí de ella y caminé hacia el taller.

Sonreí cuando vi a David hablando por teléfono. Él se dio cuenta de mi presencia y, sin despejar el móvil de su oreja, señaló con su dedo índice la esquina del taller, justo al fondo.

Yo asentí con la cabeza y caminé hacia la esquina del taller. Había un coche viejo, estacionado en paralelo, con el capó abierto. Y justo en la esquina del taller, como el dueño me indicó, estaba aparcado mi coche. Mi Mercedes... mi querido Mercedes.

Me acerqué con cuidado cuando algo sobresalía debajo del coche: unas botas de seguridad desgastadas y unas piernas enfundadas en un mono de mecánico de color gris.

—¿Hola? —dije casi en un susurro. Tragué saliva e inspiré fuertemente—. ¡Hola! —grité, levantando demasiado la voz.

—Ya te he escuchado. No soy sordo —contestó aquel hombre con un tono un poco grosero.

Yo alcé la ceja cuando reconocí aquella voz ronca y grave.

«Ay, Dios mío».

Cuando aquel hombre salió de debajo del coche, sentí cómo se aceleraban los latidos de mi corazón y mi pulso martilleó en mis oídos.

—¡Tú! —dije, señalándolo con el dedo índice cuando él se puso de rodillas y nos observamos intensamente.

—La loca de los taxis —respondió él con burla.



Yo me sonrojé y alcé la barbilla en un gesto retador.

—El pervertido ególatra.

Él sonrió de forma ladina y bastante burlona. Luego se irguió.

¡Uff! Metro noventa de fibrosos músculos. Entonces, me di cuenta de que su presencia me intimidaba bastante. Nunca imaginé que un hombre con un mono de mecánico con las mangas anudadas a la cintura, una camiseta de tirantes blanca y manchada de aceite, pudiese excitarme tanto.

Sus brazos estaban tatuados como si llevara mangas hasta las muñecas. Y, sin saber por qué, sentí un deseo apremiante de acariciárselos.

—¿Quieres que pose para ti, nena? —preguntó, en un tono cargado de burla.

Abrí y cerré la boca como un pez fuera del agua.

Avergonzada, apreté los puños y lo fulminé con la mirada.

—Eres un arrogante y un completo...

—¡Rick! —gritó David, acercándose hacia nosotros—. Hijo, ella es Jennifer, la dueña del coche. Y Jennifer, él es mi hijo, Rick Méndez—Su padre nos presentó formalmente.

Yo observé de soslayo a Rick. Dios, incluso su nombre sonaba sensual, íntimo, y tenía el poder de hacerme temblar.

El padre de Rick siguió hablando:

—Jennifer, te he llamado al móvil porque quería avisarte de que el coche ya está arreglado y...

—No, no lo está—lo interrumpió Rick.

Yo clavé la mirada en el anciano, parecía confuso.

—Hijo, creí que ibas a cambiarle las ruedas al coche y que estaría listo para entregar.

—El coche tiene que seguir ingresado en el «hospital», papá —explicó él con parsimonia.

Un incómodo silencio se cernió sobre nosotros. De repente, sonó el teléfono en el mostrador de la recepción.

—Tengo que atender una llamada. Por favor, Rick, atiende a Jennifer en mi sitio.

El padre de Rick se alejó hacia la recepción.

—¿Cómo está mi coche? —pregunté yendo directa al grano.

—**Sobre ruedas**—contestó él—. Bueno, mejor dicho, sobre dos ruedas —aclaró y yo me harté de sus tonterías.

—¿No hay otro mecánico que pueda atenderme? —pregunté de pronto en

tono acerado.

—¿Has leído el rótulo del taller, nena? Este negocio pertenece a la familia Méndez. Aquí solo trabajamos mi padre, mi hermano y yo. Así que, si no te gusta el servicio que ofrecemos, puedes llamar a otro taller. Seguro que tu «papi» tendrá buenos contactos en otros talleres de marcas oficiales.

—¡Eres un idiota!—dije con sinceridad.

Él suspiró con cansancio, se despeinó el cabello y clavó la mirada en mí.

—Ya me has hartado, cariño —dijo y yo me sonrojé. Era la primera vez que Rick utilizaba un apodo cariñoso conmigo.

—No me llames así —le dije, no muy convencida de mis propias palabras mientras él se inclinaba hacia mí.

—¿Y cómo debería llamarte? Eres mi novia, ¿no? —preguntó y me acorraló contra la puerta del coche.

—Ni en sueños.

De repente, sus ojos se entrecerraron y su rostro se tensó.

¡Oh, oh!

Rick me agarró el mentón con firmeza y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Le dijiste al taxista que éramos novios —susurró sobre mis labios.

Me pilló tan de sorpresa que no supe cómo reaccionar. Sus labios parecían atraerme como un imán. Nuestras respiraciones se mezclaron y su nariz rozó con la mía. Rick me acarició el labio con el dedo pulgar, activando todas mis terminales nerviosas. Sus ojos me observaron con una mezcla de asombro y rabia.

Entonces, dejó de acariciarme el labio y se separó de mi cuerpo.

—Voy a llamar a mi hermano para que traiga la grúa y te lleve el coche a otro taller.

Parpadeé varias veces, con la boca abierta, y me sobresalté con su contestación.

—No, no, no... por favor —rogué—. No puedes hacer eso.

La comisura de su labio se alzó en una media sonrisa divertida.

—¿De verdad crees que no puedo hacerlo? —preguntó al mismo tiempo que sacaba su teléfono móvil del bolsillo.

—¡No, por favor! No lo hagas

Él sonrió con sagacidad.

—¿Y qué me darás a cambio?

Yo abrí la boca sorprendida por su pregunta.

—Dinero. Te pagaré el arreglo del coche y la mano de obra.

Rick chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No me interesa el dinero. —Él se cruzó de brazos y yo no pude evitar fijarme en cómo se abultaban sus bíceps—. Quiero que seas mía.

—¿Qué?! —chillé en alto, pero luego me cubrí la boca con las manos, mientras el padre de Rick nos observaba desde la recepción—. Eres un perverso —susurré.

—Gracias por el cumplido, cariño, pero tú misma has dicho que soy tu novio. Así que, seremos una parejita feliz y enamorada.

—Ni de coña.

Rick enarcó una ceja, tecleó en su móvil y habló:

—Está bien, ahora mismo hablo con mi hermano y...

—¡Vale, espera! —grité. Noté que el rubor subía por mis mejillas mientras él sonreía ufano—. Seremos novios hasta que mi coche salga del taller.

Rick me escrutó de arriba abajo y yo tragué saliva nerviosa.

Y, de repente, él asintió con la cabeza. Yo suspiré aliviada, como si me hubiera salvado de algo terrible por un pelo.

—¿A qué estás esperando para largarte? ¿Quieres un beso de despedida? —me preguntó con sorna, al mismo tiempo que se acercaba a mí.

—Eres un idiota —farfullé y me alejé de él.

Me abracé a mí misma mientras caminaba hacia la salida del taller. Un ruido a mis espaldas captó mi atención. Volví mi mirada atrás y observé a Rick de brazos cruzados, esperando a que abandonara el taller.

—No te hagas de rogar, pequeña—murmuró él con un deje burlón.

Puse los ojos en blanco y le di la espalda.

Observé la pantalla de mi móvil, pero no tenía ninguna llamada perdida de Ana. Me sobresalté al encontrarme a Rick junto a mí, casi en cuanto me di cuenta de que se había movido.

Giré mi cabeza y lo fulminé con la mirada.

—¿Me has asustado! —expresé con la mano sobre mi agitado pecho—. ¿Qué miras? —pregunté, un poco incómoda ante su mirada.

—Me pregunto por qué aún no te has largado de aquí. ¿No sabes volver a casa? Pareces un cachorrito abandonado.

—¿No seas tonto! —dije, totalmente indignada—. He venido con mi amiga, pero aún está en la peluquería. ¿Sabes a qué hora pasa el autobús por aquí?

Rick observó la hora en su reloj de pulsera.

—El siguiente bus vendrá en dos horas —dijo y yo fruncí el ceño con

preocupación. ¡No podía esperar dos horas allí!—. Podrías volver andando, pero con esos tacones te romperás el cuello.

—¡Uff! ¡Eres irritante! —dije y por fin salí del taller.

Caminar sobre tierra y piedra con tacones era complicado, pero no iba a permitir que Rick me dañara el orgullo.

¡Él no sabía por qué usaba tacones a diario! ¡Rick no tenía ni idea!

Caminé aproximadamente veinte metros, pero escuché el ruido de un motor acercándose. Rick detuvo la camioneta pick-up a mi lado y bajó la ventanilla.

—Sube al coche —me ordenó con tono serio.

—Lo siento, no me subo a coches de desconocidos —respondí sin mirarlo a los ojos para no delatar el latigazo de emoción que acababa de darme el corazón.

—¡Venga! Tengo caramelitos en la parte trasera de mi camioneta —dijo, guiñándome un ojo.

—Eres un tonto... —murmuré, tratando de ocultar mi sonrisa.

—Está bien, cariño. Pues este tonto se larga de aquí sin ti.

Rick arrancó el auto, esparciendo la gravilla por todos lados. Yo me mordí el interior de mi mejilla con nervios. No quería esperar dos horas en la parada del autobús, ni tampoco quería volver andando sola. Tenía miedo, ¡joder! No quería encontrarme con el mismo hombre de ayer.

—¡Rick, espera! —grité con desesperación.

La camioneta dio marcha atrás y se detuvo a mi lado. Clavé la mirada en el azul insondable de aquellos ojos que me intimidaban demasiado. Apreté los puños con rabia y, finalmente, abrí la puerta del copiloto.

El silencio era incómodo. Solo había hablado para indicarle a Rick la dirección de mi residencia.

Jugué con mis dedos mientras pensaba en un tema de conversación. Y, antes de abrir la boca, Rick se me adelantó:

—¿Qué estás estudiando? —me preguntó mientras conducía por la autovía.

—Arquitectura —respondí. Él me observó durante unos segundos y luego volvió a posar la mirada en la carretera. Yo carraspeé, antes de hablar—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando como mecánico?

—Desde que era un niño —respondió con una sonrisa—. Siempre me ha gustado la automoción.

—Oh...—susurré y al momento me arrepentí.

De nuevo, el silencio se cernió sobre nosotros.

¡Maldita sea! Parecía tonta.

¿Qué me sucedía? ¿Por qué no me salían las palabras?

Rick llevó el coche hasta la misma entrada de mi residencia. Yo bajé la vista y oculté mis mejillas sonrojadas con el pelo.

—Ya hemos llegado —dijo y yo, sin esperar más tiempo, abrí la puerta para salir del coche cuanto antes. Estaba nerviosa—. Ey, son veinte euros.

Fruncí el ceño, confusa, pero busqué por la cartera en mi bolso hasta que la mano de Rick me lo impidió.

—¿Qué pasa? —le pregunté, observando de soslayo a varias compañeras de clase quienes estaban sentadas en las escaleras de la entrada de la residencia y nos observaban con atención.

—Jenny, no te voy a cobrar nada—dijo él con voz ronca.

Me aparté el cabello de la cara y lo observé. Era la primera vez que Rick decía mi nombre. Y también era la primera vez que Rick se estaba comportando como un caballero.

—Pero te aseguro que tengo en mente otra manera de que me pagues el favor, nena.

Grité de indignación y me bajé del coche. Cerré la puerta de un golpe y entré en el edificio. ¿Cómo podía ser tan ingenua? Rick Méndez no era un caballero, sino un perverso, y ahora... ¡también era mi novio!

¡Uff!

---

# Capítulo 5

Ana aparcó el coche en el jardín del chalet de los padres de Jimena y luego entramos en la parte trasera de la casa donde había una enorme piscina con gente bañándose semidesnuda. Yo abrí los ojos como platos, sorprendida por la poca carencia de pudor de aquella gente.

Ana me agarró de la mano y me arrastró hacia el interior del chalet, concretamente hacia el salón. Mi rostro se descompuso cuando vi los sofás vomitados y los condones usados por todas las esquinas.

¡Qué asco!

—¡Esto está llenísimo de gente! —alzó la voz Ana para hacerse escuchar por encima de la música.

Caminamos hacia una enorme barra donde dos camareros servían cócteles y otros brebajes mágicos que te hacían devolver toda la noche, o eso decían porque yo no bebía alcohol.

Mientras Ana intentaba hacerse un hueco entre la gente para pedir algo de beber, yo observé mi ropa. Llevaba puesto un vestido azul de skater, demasiado elegante y formal para aquella fiesta. Y, por supuesto, también llevaba mis tacones color azul celeste.

Los tacones que usaba me hacían mucho daño en los pies, pero mi maldito complejo de altura no me dejaba calzar unas cómodas deportivas o unas bonitas sandalias planas.

Cerré los ojos y apreté los puños cuando en mi mente se abalanzaron los malos recuerdos de mi adolescencia:

«Pulgarcita. Duende. Escarabajo...». Un sinfín de apodosos que me habían herido el alma.

—Oh, mierda —murmuró Ana, despertándose de mi ensimismamiento—. Tu ex nos acaba de ver, Jen. Creo que viene para aquí.

Suspiré con cansancio y, al mismo tiempo, miedo. Zack y yo fuimos novios durante tres meses. Él era alto, rubio y tenía unos bonitos ojos azules... En resumidas palabras, Zack parecía el hombre perfecto, pero no, no lo era. Era un mujeriego, de hecho, él me puso los cuernos con Elisa y luego me hizo la vida imposible. En su momento me afectó y lo pasé muy mal, pero ahora mismo Zack me daba igual.

¡No lo quería ver ni en pintura!

—Hola, chicas —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo, «educadamente», giré la cabeza y le desvié la mirada. No estaba de buen humor. Sabía que él y Elisa habían contratado a un hombre para asustarme. Sus bromas ya no me hacían gracia. Aquello se les estaba yendo de las manos y yo ya me estaba cansando de su juego.

—Estás muy guapa con ese vestido amarillo, Ana —dijo uno de los amigos de Zack y Ana inició una conversación con el chico.

Zack aprovechó aquel momento para acercarse a mí. Sentí un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. Zack no era una buena persona, tenía que tener cuidado con él.

—Jenny, necesito hablar contigo —rogó, agarrándome del brazo con delicadeza.

—No tengo nada que hablar contigo —le espeté con rudeza y me solté de su agarre—. ¿Qué quieres? ¿Una carta de recomendación?

Tragué saliva con fuerza y conté mentalmente hasta diez, tratando de no escupir cualquier gilipollez por la boca. Zack tenía muy mal carácter y era capaz de hacer cualquier cosa para «castigarme».

—Jennifer, no sabes lo arrepentido que estoy. Te quiero. Nunca he superado nuestra ruptura. Los hombres somos débiles ante las tentaciones de la carne. Elisa se me insinuó y no pude resistirme, pero la única mujer que amo eres tú.

Yo fruncí el ceño, controlando la ira que borboteaba en mi interior. Cómo se atrevía a decir que me quería. ¡Por Dios! Zack me hizo la vida imposible, ¡joder! Puso a casi todo el campus en mi contra.

—Déjame en paz, Zack. Aún tengo dignidad. Además, no quiero que tu noviecita se ponga celosa y me siga haciendo la vida imposible. ¿Crees que no sé lo que estáis intentando hacer conmigo? —pregunté, tratando de alejarme de allí.

—Jennifer, he cambiado —dijo él con tono acerado, agarrándome del brazo con más fuerza.

—Las personas como tú no cambian. Crees que puedes tener a todo el mundo bajo tus pies, a tus órdenes, y no es así.

Zack estaba apretando la mandíbula tan fuerte que se le iba a romper un diente como siguiera.

—Eres mía, Jennifer. Nadie te querrá como yo.

—Esa es la idea, Zack.

Agarré la mano de Ana y salimos al jardín. Ella no opuso resistencia alguna. Ana sabía que Zack y Elisa se burlaban de mí y me dejaban en constante evidencia, pero mi mejor amiga no tenía ni la menor idea de que ellos dos me estaban arruinando la vida.

Ana y yo pasamos una buena parte de la noche bailando, pero yo ya me estaba cansando de estar de pie con los tacones y de estar alerta por si algo pasaba. Elisa pudo haberme visto charlando con su novio o, peor aún, ella y Zack puede que estén planeando algo contra mí.

Pero de repente, sin ningún motivo, me sentí observada. Mi corazón se aceleró y el vello de la nuca se me puso de punta.

Entonces, giré la cabeza y lo vi:

—No puede ser cierto... — murmuré en apenas un hilo de voz cuando observé a Rick Méndez entrando por el jardín del chalet.

Él me miró fijamente, comiéndome con los ojos, escrutándome a conciencia y sonriendo de forma ladina. Yo lo repasé de arriba abajo. Llevaba una cazadora negra con una camiseta básica del mismo color, y unos pantalones vaqueros.

¡Uff!

Los pantalones vaqueros le quedaban de muerte.

—Jennifer, allí viene Darío y su mejor amigo —dijo Ana, al mismo tiempo que agitaba su mano en el aire.

«Las casualidades no existen. Todo sucede por alguna razón», pensé para mí misma.

Y sí, la razón por la que Rick estaba en la misma fiesta que yo era porque él y Darío eran amigos.

—Hola, preciosa —dijo Darío, antes de abrazar a Ana.

Cuando Rick se acercó a mí, no tuve el valor para levantar la vista y mirarlo. Su perfume invadió mis orificios nasales y me sentí bien, pero también nerviosa. Y, sin esperar más tiempo, salí de allí corriendo, escabulléndome entre la multitud.

Entré de nuevo en la casa y apoyé la espalda contra la pared. Estar alejada de Ana era peligroso. No quería estar sola, pero tampoco quería estar cerca de Rick. Cada vez que lo veía, mi cuerpo reaccionaba. Mi ritmo cardíaco aumentaba.

Respiré hondo tratando de calmarme.

—¿Escapas de mí, cariño?

Abrí los ojos como platos y vi a Rick enfrente de mí, sonriendo con



picardía. Dos chicas pasaron por nuestro lado y observaron embobadas a Rick.

Yo las fulminé con la mirada, con cara de pocos amigos. Ellas se echaron a reír y se largaron de allí.

¡Vale, sí! ¡Estaba celosa!

¿Y qué? Rick y yo éramos novios, o por lo menos hasta que mi coche saliera del taller.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté con los brazos cruzados y la mirada de acero.

—Me parece que voy a tener que enseñarte buenos modales, cariño —dijo, acercándose más a mí—. Incluso puede que me divierta hacerlo.

Mis piernas se convirtieron en dos temblorosos flanes cuando sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa mientras se acercaban a los míos.

Yo me tensé. Su cercanía me ponía nerviosa y me aceleraba el pulso. Me estremecí y sentí el revoloteo de las mariposas en mi vientre... Y eso me estaba asustando, y mucho.

—Para —le ordené y lo empujé en el pecho, pero él era más fuerte que yo.

Rick me acorraló contra la pared, puso una mano a cada lado de mi cabeza y se inclinó hacia mí.

—¿En serio quieres que pare, cariño? —preguntó él con voz ronca, al mismo tiempo que me acariciaba el cuello—. Hemos hecho un trato, pequeña. Soy tu novio, así que puedo besarte las veces que quiera, tocarte y, si me dejas, hacerte gemir de placer.

Me tembló el mentón y mi corazón rompió a latir a una velocidad vertiginosa, saltando contra mis costillas. Aquella idea me encantaba... ¡me excitaba!

Cerré los ojos con fuerza cuando Rick atrapó mi lóbulo entre sus dientes, arrancándome un jadeo.

—No te hagas ilusiones conmigo, Jenny —susurró en mi oído y luego se separó de mí.

Yo observé su sonrisa y la rabia volvió a invadirme.

¿Que yo me estaba haciendo ilusiones?

¡No, Rick estaba muy equivocado!

—¡Chicos! —gritó Ana acercándose hacia nosotros, mientras Darío le rodeaba los hombros con el brazo.

—¿Qué estáis haciendo aquí, pillines? —preguntó el novio de Ana con una sonrisa picarona dibujada en el rostro.

Yo observé de reojo a Rick, suspiré con aborrecimiento y salí al jardín sin esperar por ellos. Aún tenía el vello erizado por el inesperado comentario de Rick, pero también tenía un nudo en el estómago por su arrogancia y prepotencia.

Volví la mirada atrás y me di cuenta de que los únicos que me estaban siguiendo eran Ana y Darío, pero sin rastro alguno de Rick. Apreté los labios y traté de pensar en otra cosa que no fuera Rick con otra chica. No era tonta y sabía que varias mujeres le habían puesto el ojo, pero tenía que darme igual.

¡Cuanto más lejos estuviera de él, mejor!

Pensé que el resto de la noche la pasaría tranquila, sin la presencia de Rick a mi lado, pero cuando pasó alrededor de una hora, el efecto del alcohol empezaba a notarse en Ana.

Yo me cabreeé con ella. Mi amiga no era así.

¿Qué le pasaba?

Puse los ojos en blanco cuando Darío y ella empezaron a bailar pegados, muy arrimados, sin importarles lo que la gente opinara sobre ellos. Y eso era algo que admiraba de Ana. A ella no le afectaban las opiniones de la gente y ojalá algún día a mí también me dejaran de importar las críticas de los demás.

—Ana, tenemos que irnos —le dije con tono serio, esperando a que me diera las llaves del coche.

Ella no podía conducir así, en estado de ebriedad.

Mis ojos casi se salieron de sus órbitas cuando Ana se subió a una tumbona y empezó a contornearse de manera sensual y sugerente.

—Ven conmigo, Jen. La joven es noche, amiga —balbuceó.

«La noche es joven, querrás decir», pensé para mí misma.

Observé a un par de chicos grabándola con sus móviles y recé para que Ana no saliera en ningún canal de Youtube.

—Ana, baja de ahí, ¡ahora! —le ordené en tono arisco.

—Jennifer, estoy bien —dijo no muy segura de sus palabras.

Yo grité asustada cuando Ana perdió el equilibrio. Darío corrió hacia ella, la atrapó en brazos y los dos carcajearon en alto.

¡Por Dios, casi se parte el cuello!

—Será mejor que te lleve a casa, Ana —dijo Darío, mientras se largaba con ella en brazos.

Yo parpadeé varias veces, atónita por todo lo que acababa de pasar.

Sacudí la cabeza y los observé alarmada.

—¡No, espera! Ana tiene las llaves del coche y yo necesito volver a la

residencia...

Intenté seguirlos, pero en el jardín había muchísima gente.

Negué con la cabeza e intenté controlar las lágrimas mientras me abrazaba a mí misma. Nadie me comprendía, no podía estar sola. Tenía miedo...

De repente, desvié la vista a la piscina y vi a Zack, con un vaso en la mano y observándome fijamente. Abrí la boca sorprendida cuando él empezó a caminar hacia mí. Yo negué con la cabeza e intenté colarme entre la gente para entrar en la casa y alejarme lo más posible de él. Lo que menos quería era aguantar a un exnovio borracho y obcecado en mí.

—¡Mierda! —exclamé cuando se me enganchó el tacón en la alfombra del salón.

¡Se acabo! ¡Estaba harta de todo!

Me descalcé y noté un alivio inmenso mientras movía los dedos de mis pies. Pero oí un ruido a mis espaldas y, al volverme, vi a Zack acercándose a mí. Corrí descalza por el pasillo, rezando para que ningún cristal se clavara en la planta de mi pie. Busqué una habitación que tuviera pestillo, pero Zack me estaba pisando los talones.

—¡Jenny! ¡Cariño! —dijo él, arrastrando las palabras y agarrando la cola de mi vestido.

—¡No, suéltame! —grité, agarrando la tela de mi vestido.

—¿No lo entiendes? Sin ti no soy nada, Jen. Y tú sin mí tampoco. Si vuelves conmigo, prometo que nadie te molestará. Yo te quiero tal y como eres... incluidos tus defectos.

¿Pero qué defectos, hijo de la gran...?

¡Ah!

—¡Por favor, ayudadme! —supliqué, pero las pocas personas que pasaron por el pasillo no hicieron amago de ayudarme.

Todo el mundo le tenía miedo a Zack, y los entendía. Nadie quería tener problemas con él.

—Jennifer, si no vuelves conmigo, las cosas se complicarán para todos, especialmente para ti —dijo y sus manos atraparon mi cara—. Yo sé que tú me quieres. Todas las mujeres me desean, tú no vas a ser la excepción.

—Zack, por favor. Vete y no hagas algo de lo que puedas arrepentirte. Te recuerdo que nuestros padres son socios. ¡Así que, suéltame de una puta vez! —exigí, tratando de alejarme de allí.

Cerré los ojos cuando Zack me besó a la fuerza mientras mis lágrimas amenazaban con derramarse. Intenté con todas mis fuerzas apartarlo de mí,

pero todo esfuerzo resultó inútil.

Zack, invadido por la cólera, me empujó contra la pared del pasillo, me puso la mano en la cabeza y me forzó a besarlo.

—¡Jennifer! —Interrumpió una gruesa voz masculina que retumbó en mis oídos y que me resultó familiar.

---

## Capítulo 6

Cuando Zack se separó de mí, desvié la mirada hacia Rick quien me observó lleno de una preocupación que nunca había visto en él. Luego clavó la mirada en Zack y su enojo se transformó en un asombro que le tensó la mandíbula.

Grité cuando Rick se abalanzó sobre Zack y lo tiró al suelo. Rick le golpeó dos puñetazos en el estómago. Yo gemí cuando vi a Zack retorcerse de dolor.

Rick se levantó del suelo y yo me asusté, parecía muy enojado. Él me agarró de la mano y me arrastró por el pasillo hacia la salida, pero mis pies descalzos resbalaron sobre aquel suelo lleno de alcohol.

Él frenó en seco, me escrutó de arriba abajo y, sin esperármelo, me cargó en brazos y caminó hacia la salida como si pesara una pluma.

Presté atención a su rostro: labios carnosos, ceño fruncido y facciones duras.

Sí, Rick Méndez era un bomboncito.

Cerré los ojos y me dejé poseer por su perfume.

—¿Quién coño era ese tío?—preguntó él con la rabia reflejada en la voz y yo gemí cuando noté la fría hierba del jardín bajo mis pies.

—Un error del pasado —respondí en apenas un hilo de voz.

No me gustaba usar el término «mi exnovio», porque Zack no era nada mío.

Rick frunció los ojos, se despeinó el pelo y suspiró con fuerza.

—Vaya gustos más raros, cariño.

—Lo sé, por eso estoy contigo, ¿cierto? —dije, y me arrepentí al momento.

Rick no era igual que Zack. O por lo menos no lo parecía.

—Interpretaré eso como un gracias por haberte salvado de ese gilipollas.

Yo asentí, cabizbaja.

—Lo siento... gracias, Rick.

Ninguno de los dos dijo nada, mientras a lo lejos resonaba la música. Yo tragué saliva, nerviosa y observé mis pies descalzos. Sin mis tacones, medía quince centímetros menos. Observé de soslayo a Rick y me sentí insegura. Él era alto, fornido y muy apuesto.

Sacudí la cabeza, me agaché para volver a calzar los tacones, pero Rick

me lo impidió:

—Ni se te ocurra calzarte.

Yo lo observé, boquiabierta.

—No pretenderás que esté descalza.

—¿Quieres que tus tacones se vuelvan a enganchar con cualquier cosa?

Mis mejillas ardieron. Pensaba que Rick había ligado en la fiesta, pero no. Al parecer, él estuvo vigilándome durante toda la noche. Por eso supo que Zack y yo estábamos en el pasillo.

—Vine a la fiesta con Ana, pero resulta que tu amigo se la ha llevado en estado beodo. Y ahora, ¡tengo que volver andando y no lo voy hacer descalza!  
—le expliqué.

—Darío no es esa clase de tíos, Jennifer —dijo, al mismo tiempo que sacaba su móvil del bolsillo del pantalón—. Me acaba de enviar un mensaje. La ha llevado a la residencia, sana y salva. Las apariencias engañan.

Bajé mi vista avergonzada por haber hablada así de Darío. No se podía juzgar a un libro por su portada. Para la gente, Zack era un hombre diez. Pero nadie sabía realmente quién era él. Y Rick, a primera vista, parecía un canalla y un mujeriego, pero no era así.

—Vas a resfriarte. Sube al coche —me ordenó, al mismo tiempo que abría la puerta del copiloto.

Yo observé la camioneta de Rick y luego clavé la mirada en él, atónita por su amable preocupación por mi bienestar

—Puede que el carruaje no sea de su agrado princesa, pero al menos tiene cuatro ruedas.

Yo sonreí.

—¿Eso es una indirecta?

—No. Yo lo llamaría una directa —respondió él y una sonrisa ladina se dibujó en sus labios—. Venga, sube al coche. Te prometo que te llevaré a la residencia.

Me humedecí los labios, nerviosa, y asentí con la cabeza.

Rick conducía con pericia y rapidez mientras sus manos apretaban el volante. Observé fijamente sus facciones duras. Parecía tenso y cabreado.

—Jennifer... Si quieres, hazme una foto.

Yo parpadeé, abrí y cerré la boca varias veces y desvié la mirada a la ventana.

—No seas un flipado —respondí nerviosa.

—Debe ser una experiencia nueva para ti salir con un hombre como yo,

¿verdad?

Yo abrí la boca y fruncí el ceño.

¡Ególatra!

—Perdona, Rick. Pero te recuerdo que tú fuiste quien propuso la descabellada idea de salir juntos.

—¿Yo te pedí que salieras conmigo? —preguntó, agarrándome la mano con sutileza.

Humedecí mis labios cuando sus dedos y los míos se entrelazaron. Su contacto me provocó un maravilloso y cálido hormigueo en mi cuerpo.

—Sí, lo hiciste, cariño —dije, haciendo hincapié en la última palabra y consiguiendo arrancarle una sonrisa—. Un sábado por la noche te presentaste en mi puerta. Traías puesto un traje negro y en una mano sostenías un ramo de rosas azul celeste y en la otra mano una cajita de terciopelo con un anillo dentro—dije, reprimiendo la risa—. Yo me sorprendí y me llevé las manos a la boca para no echarme a reír. Te arrodillaste frente a mí, me entregaste el anillo y suplicaste, una y otra vez: «por favor, Jen, sal conmigo».

Rick se echó a reír.

—Creo que te falta aclarar algo. Te supliqué, una y otra vez: «sal conmigo... sal conmigo afuera que me estoy mareando».

Yo carcajeé en alto.

—No rompas la magia —protesté entre carcajadas.

El trayecto se me hizo corto y me entristecí al darme cuenta de que el buen rollo ya se había terminado. Rick había conseguido que me olvidara de Zack y de cualquier otro problema, pero cuando clavé la mirada en el portal de la residencia, el miedo me invadió por dentro. Conocía a Zack demasiado bien. Sabía que estaba enojado y que las pagaría conmigo.

Tragué saliva y observé a través de la ventanilla del coche. No quería encontrarme con Zack o con Elisa.

—Si no me equivoco, vives aquí —dijo Rick, colocando el brazo en el respaldo del asiento del copiloto.

—Sí...— respondí desganada y me bajé del coche—. Rick —dije, cuando mis pies tocaron el suelo.

Observé fijamente sus ojos azules y tragué saliva con nervios.

—¿Quieres tu beso de buenas noches, cariño? —preguntó él, fanfarrón.

Negué cabizbaja.

—Quiero que me acompañes hasta el portal del edificio, por favor.

Alcé la vista y observé que sus rasgos perdían un poco su rudeza. Tenía

miedo de que Rick me interpretara mal. No quería llevarlo a mi habitación para hacer guarrerías con él, simplemente quería que me acompañara porque estaba muerta de miedo.

Rick me escrutó de arriba abajo, frunció el ceño y se bajó del coche.

—Si esto es una excusa para que te bese, puedes ir directa al grano y pedírmelo —dijo y se sacó la cazadora.

—Rick...—susurré con un hilo de voz cuando él me envolvió los hombros con su cazadora.

—No sé cómo explicártelo, Jennifer, pero tengo la sensación de que te conozco desde siempre—confesó con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón—. Y estoy seguro de que ahora mismo estás asustada por algo —dijo cuando llegamos al portal del edificio—. ¿Qué es lo que te asusta tanto?

El viento arreció sobre nosotros y luego zarandó las copas de los árboles.

—Nada —mentí, luchando por retener las lágrimas.

Rick, un desconocido que apenas lo conocía, fue la primera persona que se dio cuenta de que algo no estaba bien en mi vida. La única persona que, a pesar de que yo tratara de disimularlo, vio el miedo reflejado en mi rostro.

—Gracias por acompañarme hasta aquí —le dije, soslayando su lacerante pregunta, mientras me sacaba la cazadora.

—No, no te la saques ahora —dijo y su nuez se movió arriba y abajo al tragar saliva—. Así tendré la excusa perfecta para verte mañana.

Sentí la boca seca y me mordí el labio para reprimir una sonrisa.

—Gracias por todo, Rick.

Nos observamos mutuamente como dos adolescentes en una incómoda primera cita. Ahogué un suspiro cuando Rick dio un paso hacia mí, lentamente, como si esperase mi reacción. Cuando no me moví, él se acercó aún más hasta que nos quedamos a unos centímetros de distancia.

«Bésame, por favor, bésame», pensé para mí misma.

Sus manos enmarcaron mi rostro y nuestras miradas siguieron entrelazadas, sin poder separarse, mientras sus dedos entretejían mi cabello. De repente, su prepotencia y altanería desaparecieron de su expresión.

Sus ojos azul marino miraron mis labios y se volvieron a clavar en mis ojos castaños. Luego se inclinó hacia mí hasta que nuestras narices chocaron. Suspiró y su aliento golpeó mi rostro.

Rick se separó de mí y apretó los puños, dándome la espalda. Parecía enojado consigo mismo por haberme mostrado sus emociones.

Luego lo observé alejarse hacia su coche.



¡No, no podía dejarlo marchar tan fácilmente!

—¡Rick!

Rick se dio la vuelta y su rostro parecía confundido cuando me observó corriendo hacia él.

—Jennifer, estás descalza y...

No dejé que terminara la frase. Le rodeé su nuca con mis manos, me puse de puntillas y lo besé, con un beso corto y casto con los labios apretados.

Sentí el revoloteo de las mariposas en mi estómago y bajé la vista. Me di la vuelta con la intención de salir de allí corriendo, pero Rick me agarró del brazo, tiró de mí y caí sobre su pecho. Se inclinó y me besó, estrechándome contra su corazón. Me besó con tanta voracidad y deseo, que me derritió los pensamientos. Su lengua se abrió paso entre mis labios y, sin preámbulos, nuestras lenguas se enzarzaron en una lucha motivada por un deseo recíproco.

Y cuando nuestros pulmones reclamaron la falta de oxígeno, paramos de besarnos.

—Esto —murmuró él con la voz agitada—, es un beso de buenas noches, cariño.

Yo permanecí con la boca abierta, atónita por todo lo que acababa de suceder.

Cuando Rick se alejó hacia el coche yo corrí hacia el edificio. Abrí el portal y subí las escaleras sin dejar de sonreír. Mis mejillas ardían en calor y sentí una palpitación en la entrepierna.

¡Dios Santo, Rick tenía unos labios besables!

Caminé de puntillas por el pasillo, abrí la puerta del apartamento y entré intentado no hacer ruido. Me observé en el espejo del recibidor y lo que vi en el reflejo me gustó. Esa era yo. Una chica alegre y despreocupada de los comentarios de la gente.

—Mierda... —susurré cuando pisé una carta tirada en el suelo.

Fruncí el ceño y me di cuenta de que alguien había colado la carta por debajo de la puerta del apartamento.

Abrí el sobre y leí la carta que estaba escrita con letras recortadas de revistas:

*«¿Crees que no me iba a enterar? Las noticias vuelan, estúpida cucaracha. Mantente alejada de mi novio y vigila tus espaldas».*

Mis manos empezaron a temblar. Ahogué un sollozo en mi garganta mientras mis lágrimas corrían libremente por mis mejillas.

¡La carta era de Elisa!

Corrí a mi habitación, cerré las cortinas y agarré el móvil para llamar a la policía, pero me detuve en el acto.

¿Qué les diría a los agentes? Recibía cartas amenazantes habitualmente. La policía necesitaba pruebas más contundentes, testigos. No podía acusar a Zack ni a Elisa, porque eso me causaría más problemas. Nadie se creería que ellos dos eran unos acosadores, unas malas personas.

¡Joder, no sabía qué hacer!

Entré en mi cuarto de baño, abrí el armario y agarré el frasco de pastillas. Ahora, lo que más necesitaba era dormir y olvidarme de todo...

---

# Capítulo 7

A la mañana siguiente, me desperté y salí de mi habitación.

—Jennifer... —susurró Ana con voz ronca—. ¿Dónde están las aspirinas?

Me acerqué al sofá del salón, escudriñé su cara y lo supe de inmediato: Ana tenía resaca.

—Los medicamentos están en el primer cajón de la estantería —dije y abrí el cajón para agarrar una aspirina.

—¿Por qué habré bebido tanto? Jen, amiga mía, nunca bebas alcohol —murmuró ella, llevándose una mano a la cabeza.

«Tranquila, Ana. Si algo me quedó claro anoche, es que beber demasiado alcohol no es bueno», pensé para mí misma.

Me senté en el sofá y le di la aspirina para el dolor de cabeza. Ana tenía mala cara, cansada, y yo también tenía ojeras y los ojos enrojecidos de haber llorado toda la noche.

—Darío te ha traído a casa, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, arrastrando la voz—. Darío pudo haberse aprovechado de mí, pero no lo hizo. Estuvo conmigo hasta que las náuseas cesaron y me quedé dormida.

Yo asentí con la cabeza y me encerré en mis pensamientos.

«Vigila tus espaldas», recordé la frase escrita en la carta.

—Jen —dijo Ana, despertándose de mi ensimismamiento—. Esta jodida resaca me está matando, pero no soy tonta. ¿Te has visto la cara? Has estado llorando ¿Qué te ha pasado? —preguntó con un tono de voz que mostraba claramente supreocupación.

Respiré profundamente, dudando qué hacer. ¿Decirle la verdad a Ana o seguir ocultando mis problemas?

A punto de contestar sus preguntas, ella respondió por mí:

—Estás así por culpa del estúpido de tu ex, ¿verdad? —preguntó mientras su tono se volvía mordaz. Como no contesté, ella interpretó mi silencio como una respuesta afirmativa—. ¡Zack es un pesado! ¡No te merece!

Abrí la bocapara hablar, pero entonces lacerré. No podía contarle a Ana la verdad. No podía contarle que Zack y Elisa me estaban amenazando porque no quería involucrarla en mis problemas.

Cerré los ojos, inspiré profundamente varias veces y los abrí de nuevo.

—Ayer, Zack me besó a la fuerza—confesé y los ojos de Ana se abrieron mucho—. Pero Rick me salvó. Él estuvo toda la noche cuidando de mí.

—¡Zack es un gilipollas! —expresó ella con rabia, golpeando su puño contra el cojín—. ¡Espera! ¿Rick cuidó de ti? ¿Rick Méndez? ¿El amigo de Darío? —Yo asentí mientras me mordía el labio inferior—. ¡Madre mía! —Ana chilló emocionada—. Dime... —susurró, acercándose a mí con una sonrisa dibujada en la cara—. ¿Os habéis besado?

Mis mejillas se sonrojaron y jugueteé con el cierre de mi chaqueta, mientras recordaba el beso. Inevitablemente, las comisuras de mis labios se torcieron en una sonrisa.

—Quien calla otorga —habló Ana entre risas—. Entonces, las dos estamos pilladas. Nunca pensé que mi mejor amiga saldría con el mejor amigo de mi novio. ¡Me encanta!

Yo enarqué una ceja y apreté los labios con fuerza. Ana no tenía ni idea de lo que realmente estaba pasando. Rick y yo habíamos hecho un trato, nada más. Un trato que finalizaría cuando mi coche saliera de su taller.

«¡Oh, no! ¡Mi coche!», pensé.

Me levanté del sofá como un resorte y Ana se sobresaltó.

—Demonios, Jen. ¿Qué te pasa? —gritó ella cuando yo entré en mi habitación y me duché rápidamente.

Luego me vestí un pantalón vaquero, una camiseta básica y unas cómodas zapatillas.

¡Uff!

Me había acostumbrado a andar con zapatos de tacón, y volver a ponerme unas zapatillas de deporte me resultaba extraño. Me miré por última vez en el espejo y lo que vi me gustó. Y, después de casi cinco minutos dudando si cambiar de zapatos, agarré valor y salí de mi cuarto.

Me acerqué a Ana para pedirle que me llevara hasta el taller, pero ella se quedó dormida en el sofá. Le saqué las zapatillas de los pies y la tapé con una manta. Y, sin dejar de sonreír, salí de la residencia para pedir un taxi.

El corazón empezó a latirme con más fuerza a medida que me acercaba a mi destino. Y cuando el taxista paró frente al taller de la familia Méndez, mi autoestima cayó en picado. Clavé la mirada en las zapatillas, deseando que éstas se transformaran en un par de tacones bien altos.

—Muchas gracias por el viaje —le dije al conductor, después de pagarle.

Caminé hacia la entrada del taller, sintiéndome pequeña. Todo a mi

alrededor parecía más grande de lo normal.

¡Dios, no me gustaba prescindir de los tacones!

—Buenos días —habló un hombre, apareciendo en la entrada del taller. Yo me sobresalté, y él sonrió—. ¿Se te ofrece algo? —preguntó con amabilidad, mientras se limpiaba las manos en el mono de trabajo.

Lo escruté con rapidez: era un cuarentón alto y fornido, con ojos azules y cabello azabache. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que aquel desconocido tenía cierto parecido con Rick.

—Esto... sí. Me llamo Jennifer Hernández y quería saber cómo está mi coche.

—¡Vaya! Así que tú eres la famosa Jennifer —dijo él, dejándome completamente confusa con su contestación—. Encantado de conocerte. Mi nombre es Lucas.

Yo sonreí y nos estrechamos la mano en un gesto de cordialidad.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Rick con aquella voz que me tenía seducida desde la primera vez que lo oí.

Giré la cabeza hacia atrás y mis mejillas se pusieron tan rojas como tomates maduros. Rick llevaba una visera hacia atrás, su mono gris de mecánico y una camiseta negra que se le pegaba a los músculos. Tragué saliva con dificultad. No pude sostener su mirada intimidante.

Así que, me volví y le di la espalda.

—Mi cuñada ha venido a recoger su coche, hermanito —dijo Lucas y yo abrí los ojos como platos.

¿Cuñada? ¿Acaso Rick le había contado a su familia que él y yo estábamos saliendo?

—¡Déjate de tonterías! El coche no está listo... por ahora —Rick recalcó las dos últimas palabras.

—¿No está listo? —preguntó de nuevo Lucas con el ceño fruncido—. Papá dijo que el coche ya está arreglado.

Observé de soslayo los puños de Rick y tragué saliva, incómoda por la situación.

—He dicho que el coche no está listo —respondió tajante.

Rick se acercó por detrás de mí y me di cuenta de que aunque usara mis zapatos de tacón, nunca llegaría a ser más alta que él.

—Cariño... —susurró en mi oído y mis mejillas se encendieron todavía más cuando él me acarició el cuello con la nariz—. ¿Por qué vienes así vestida al taller? —dijo y un nudo de ansiedad comenzó a formarse en mi

estómago. Lo sabía. Sin mis tacones, no era nadie—. No puedes venir así de sexy y desconcentrarme en mi trabajo. —Sus palabras encendieron mi corazón como una antorcha.

Rick me besó en el hueco del cuello y yo tuve que reprimir un gemido de placer.

Él era capaz de hacerme sentir única, especial y atractiva. Cuando estaba con él era como si el mundo y las críticas de la gente no existieran y lo único importante fuera yo.

—Ayer revisé el coche y está en perfecto estado. Mi cuñada puede llevárselo de aquí cuando quiera —volvió a hablar Lucas.

—He dicho que no. El coche saldrá del taller cuando yo lo diga —contestó Rick con tono acerado.

Aquella contestación me sorprendió. Quería preguntarle a Rick por qué mi coche aún no estaba listo. Pero, sinceramente, una parte de mí no quería que el coche saliera del taller porque quería seguir siendo su novia.

—Yo... —balbuceé nerviosa.

—Tú —me interrumpió Rick, señalándome con el dedo índice—. Súbete a mi camioneta. Yo voy a cambiarme de ropa —dijo y entró en el aseo.

Yo me quedé de piedra sin saber cómo reaccionar.

—Hoy está un poco gruñón, bueno, de por sí es un gruñón —dijo Lucas y ambos nos reímos por aquel comentario tan realista—. Te aseguro que le gustas mucho. Lo conozco, soy su hermano mayor. —Lucas se acercó a mi oído y me susurró en voz baja—. Es la primera vez que veo a Rick enamorado.

---

## Capítulo 8

Mis dedos tamborilearon sobre mis piernas. Estaba nerviosa, muy nerviosa.

Rick no dejó de conducir en silencio. No sabía a dónde demonios me iba a llevar.

Ahogué un grito cuando él me agarró la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Deja de tocarte las piernas, Jen. Vas a conseguir que nos salgamos de la carretera —murmuró con voz ronca.

Yo abrí los ojos como platos y me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa.

Después de varios minutos, Rick aparcó el coche en unas calles que no conocía.

Me bajé del coche y observé las casitas de madera de aquel pueblo pequeño.

—¿Dónde me has traído? —le pregunté con el ceño fruncido, signo de mi confusión.

Él me aliso las arrugas del entrecejo con la punta del dedo.

—Quiero que aprendas a quererte y a valorarte, Jen. Tienes que dejar de pensar en lo que los demás piensan de ti. Conmigo, quiero que te olvides del tiempo —dijo, sacándome el reloj de la muñeca—, de las apariencias —Rick me deshizo el moño y el pelo enmarañado cayó sobre mis hombros—. Y lo más importante, quiero que te olvides de tus complejos.

La boca de Rick descendió por mi cara y su nariz rozó la mía.

—Rick... —susurré su nombre con voz ronca.

—Quiero que aprendas a disfrutar las pequeñas cosas de la vida, Jenny —dijo, alzándome el mentón para obligarme a mirarlo a los ojos.

Cerré los ojos, me dejé llevar por sus brazos y me besó. No fue un beso apremiante, sino uno dulce y suave.

Me agarró por la mano y caminamos por las calles de su pueblo. ¡Sí! Rick me había llevado a su pueblo para que conociera algo más de su vida privada.

Pasamos algo más de una hora caminando y charlando de nuestras vidas. Me gustaba el buen ambiente que se respiraba en su vecindario. Todo el

mundo nos sonreía y nos saludaba con afecto. El pueblo de Rick era pequeño, pero la gente estaba muy unida.

—Las damas primero.

Rick aguantó la puerta del bar y me dejó pasar, pero antes de cruzar el umbral de la puerta, él me agarró del brazo y me susurró en el oído:

—No lo hago por educación, cariño, sino para ver tu bonito trasero.

—¡Rick! —chillé, y varios clientes se voltearon para observarnos.

La vergüenza se instaló en mi alma y me aprisionó. Giré sobre mis talones e intenté salir del bar, pero Rick me lo impidió.

—Acuérdate, Jenny, que no te importe lo que los demás piensen de ti— dijo y entramos en el bar.

Rick saludó a tres ancianos que estaban jugando al póker. Luego nos acercamos a la barra y el camarero, quien parecía conocer perfectamente a Rick, se acercó hacia nosotros con una sonrisa.

—¡Méndez! —gritó el camarero desde el otro lado de la barra—. ¿Quién es nuestra nueva invitada? —preguntó, pasando un trapo húmedo por la barra.

—Es mi chica —respondió Rick jactándose de ello.

El camarero me observó con curiosidad y yo le sonreí tímidamente.

—No sabía que tenías novia. Es la primera vez que te veo con una mujer. —Las palabras del camarero hicieron que las mariposas de mi estómago revolotearan de felicidad—. ¿Qué vas a querer beber, linda?

—Bueno, la verdad es que me apetece beber un... —mi voz se fue apagando, insegura de cómo terminar lo que estaba diciendo.

Los pocos clientes que había en el bar estaban bebiendo cervezas o refrescos.

¿Cómo iba a pedir un batido de chocolate? Si lo hacía, la gente se me quedaría mirando.

Hice un mohín con los labios. Pediría un refresco, aunque no me apeteciese.

Rick se inclinó hacia mi oído:

—Acuérdate de lo que te he dicho, olvídate de las apariencias —susurró cálidamente como si me hubiera leído la mente.

—¡Quiero un batido de chocolate, por favor! —dije sin preámbulos.

El camarero, sorprendido por mi tono de voz, parpadeó varias veces y me sonrió.

—¡Pues un batido de chocolate para la morena! —gritó él con el mismo tono de voz y sin dejar de carcajear.



Mis labios se curvaron en una sonrisa.

¡Me sentía orgullosa de mí misma!

—Yo quiero otro —le ordenó Rick al camarero.

—¿Seguro que no quieres beber otra cosa? Puedo prepararte un Gin tonic —dijo el camarero mientras preparaba los deliciosos batidos.

—No. Ya tengo una ginebra que es mucho mejor que cualquier otra bebida alcohólica. Créeme cuando te digo que mi ginebra es tan adictiva que no puedo separarme de ella —respondió Rick sin dejar de observarme fijamente.

Yo fruncí el ceño sin comprenderlo.

—¿A qué te refieres? ¿De qué ginebra estás hablando? —inquirí con curiosidad mientras me acomodaba en el taburete.

No era tonta. Sabía que Rick bebía alcohol, pero no tenía ni idea de que fuese un adicto a la ginebra.

Rick se incorporó entre mis piernas y yo tragué saliva nerviosa.

—Tu nombre —respondió casi en un susurro y me acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Jennifer es la variante inglesa de Ginebra.

—Ginebra... —repetí el nombre con una sonrisa.

Rick asintió con la cabeza, me enmarcó el rostro con las manos y me besó.

El resto de la tarde se pasó volando entre bromas y risas.

¡Me lo había pasado genial!

Rick volvió a agarrarme de la mano y caminamos a lo largo de toda una calle, charlando cómodamente. De repente, las luces de las farolas se encendieron en un intenso parpadeo, iluminando así el pueblo. Quise mirar la hora, pero me di cuenta de que no tenía el reloj de pulsera en mi muñeca.

—Ay, Ginebra. Te gusta controlarlo todo, ¿verdad? —Rick chasqueó la lengua y, con un tono ronco, susurró—: Pues cuenta el tiempo que nos va a llevar hacer esto.

—¿El qué?

No tuve tiempo de hacerle más preguntas. Rick me calló con un beso. Un beso voraz que me arrastró hasta un nuevo torbellino de sensaciones. Él siguió besándome, explorando mi boca con pericia y sin miramientos. Me agarró por la nuca, me besó con fuerza, introduciendo la lengua en mi boca.

Luego acarició mi pelo, me mordió el cuello, lo lamió y su boca volvió a conquistar mis labios.

—Joder —murmuró él entre dientes.

Rick me aprisionó contra un muro y con sus manos me masajé las nalgas. Yo, inconscientemente, le rodeé la cintura con las piernas. Mi corazón se

contraído y sentí un deseo en mi estómago.

Rick se acercó más, restregándose contra mí, mientras yo me agarraba a sus hombros. Luego me besó un pecho con cuidado, por encima de la camiseta. Yo apreté los labios, aunque no pude contener un suave gemido.

—Para mí eres hermosa. Cualquier cosa que te pongas siempre te quedará bien. Espero que no lo olvides nunca, que te quede grabado a fuego en el corazón si es necesario —murmuró él.

Esta vez gemí en alto cuando Rick movió la cintura hacia arriba, de tal manera que la cremallera de sus pantalones rozó mi entrepierna. Sentí su erección, enorme y durísima, entre los muslos.

Rick deslizó su mano por debajo de mi camiseta y me acarició la espalda, señal de que las cosas estaban subiendo de tono. Me tensé. No era una inexperta en el tema sexual, pero estábamos en una calle pública.

Rick, quien pareció darse cuenta de mi incomodidad, me bajó con cuidado al suelo y me acarició una mejilla.

—Lo siento, pequeña. No debí sobrepasarme contigo —dijo, pegando su frente contra la mía, arrepentido y dolido.

Yo negué con la cabeza.

—No, no has hecho nada malo. Pero estamos en un sitio público, Rick.

Él se pasó la mano por el cabello y soltó una palabrota en voz baja.

—Pensé que no querías hacerlo conmigo —soltó sin preámbulos y yo lo observé sorprendida por su claridad.

Él me estrechó contra su pecho y me besó la coronilla.

Rick me abrazó con ternura. Yo solo me limité en corresponderle, hasta que él me separó para depositar un beso en mi frente. Y sí, su abrazo me hacía sentir totalmente segura.

—Estoy orgulloso de ti, Ginebra —dijo y sus palabras me llegaron directas al corazón—. Esta noche te has olvidado del tiempo, de las apariencias y de tus...

Lo hice callar poniendo un dedo sobre su boca. Por unos segundos observé mis zapatillas y sonreí. Luego me puse de puntillas, envolví mis brazos alrededor del cuello de Rick y presioné mis labios sobre los suyos. Sus manos me acercaron mucho más mientras ladeaba su cabeza permitiéndome más acceso.

Me separé de su boca y esboqué una sonrisa de oreja a oreja.

—Esta noche me he olvidado de mis estúpidos complejos...

---

## Capítulo 9

*Pum, pum.*

—¡Jenny! ¿Has terminado ya, tía? —preguntó Ana al otro lado de la puerta.

Me llevé las manos a la boca para reprimir una risilla y me observé en el espejo: vestido de flores, pelo rizado y unas sandalias bajas. Me mordí el labio inferior y observé mis tacones favoritos en la esquina de la habitación.

Entonces, escuché la voz de Rick en mi mente como si estuviera allí conmigo:

«Para mí eres hermosa. Cualquier cosa que te pongas siempre te quedará bien».

Sonreí tímidamente. Era la primera vez que un hombre me veía hermosa con vaqueros, camiseta básica y zapatillas desgastadas. Pero Rick no era un hombre cualquiera.

¡Él era especial para mí, único!

Me había enamorado de él intensamente, y me parecía que Rick me amaba en la misma medida.

Me llevé la mano al pecho y sentí los latidos de mi corazón.

—¡Jennifer! —gritó Ana, al otro lado de la puerta y los golpecitos siguieron.

Se me escapó una risilla y ya no pude contenerme. Agarré una chaqueta vaquera y me acerqué a la puerta, pero antes de salir, mi mirada se desvió a la carta que había encima del escritorio. Si no hubiera conocido a Rick, tal vez el miedo se hubiera apoderado de mí. Pero ahora mismo me sentía segura de mí misma.

—¡Jennifer! ¡Si no sales de ahí, echaré la puerta abajo! —dijo ella y al momento rectificó sus palabras—. Bueno, mejor no. No quiero romperme un hueso.

Yo carcajeé y abrí la puerta. El rostro de Ana se transformó con una expresión incrédula.

—Parece que hayas visto un fantasma —dije, sin borrar la sonrisa de la boca, mientras caminaba hacia el salón.

—Vale, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga? —preguntó

ella de brazos cruzados y observándome fijamente. Ana también estaba hermosa con aquel vestido rojo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté mientras apoyaba la mano en el pomo de la puerta.

—¿Por qué no llevas tacones?

Yo alcé los hombros.

—Vamos a ir a una fiesta en la playa, Ana. Además, ¿no crees que estas sandalias me quedan mejor?

El indicio de una sonrisa apareció en su boca.

—Me gusta esta nueva Jennifer.

Cuando llegamos a la fiesta, mis ojos se abrieron como platos.

¡La playa estaba llenísima de gente!

Ana y yo caminamos por el paseo de madera que nos llevaría hasta el bar.

—Darío me está escribiendo —dijo Ana sin dejar de leer la pantalla de su móvil—. Está dentro del bar. ¡Vamos!

—¿Y Rick? —pregunté, arrepintiéndome al momento.

Cuando Rick me llevó a la residencia, le dije que Ana iba a ir a una fiesta en la playa y que le había prometido acompañarla. Él también me dijo que Darío iría a la misma fiesta, pero no me dejó claro si él iba a ir también. A Rick no le gustaban mucho las fiestas.

—Tranquila, princesa, tu caballero te está esperando en el castillo —comentó Ana con gracia mientras entrábamos en el bar.

—Esto parece una lata de sardinas —le dije a Ana mientras intentaba respirar oprimida por aquella inmensa masa de gente.

Me estaba agobiando, pero mientras estuviera agarrada a la mano de Ana, nada saldría mal. Espera... ¿Y Ana? ¿Dónde está?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó un desconocido y se soltó de mi mano.

—Lo siento. Me he equivocado de persona —le dije y junté las manos.

¿Cómo demonios había conseguido perder a mi mejor amiga?

Intenté buscar a Ana con la mirada, pero no podía ver nada... ¡era demasiado bajita!

Intenté abrirme paso entre la gente para irme atrás. Sin querer, le pisé el pie a alguien. Giré mi cuerpo y me disculpé con aquella mujer de cabello rubio brillante y ojos verdes como la hierba.

¡Mierda, Elisa!

Elisa pareció sorprendida de encontrarme allí. Tragué saliva con dificultad mientras sus dos amigas me observaban con desdén.

—¡Cuidado, chicos! —chilló Elisa en voz alta, consiguiendo que varias personas a nuestro alrededor le prestaran atención—. No aplastéis a este pequeño insecto. ¿Quién coño ha dejado entrar aquí esta cuchara?

Cerré los ojos y apreté los puños sintiendo los nudos de los dedos índices en los pulgares. Las amigas de Elisa rieron en alto por el comentario.

No entendía por qué las amigas de Elisa la apoyaban. Elisa era mala, incluso dejaba en evidencia a sus propias amigas.

No quería que ellas me vieran llorar, así que giré sobre mí misma para correr lejos de allí, pero mi cuerpo chocó contra el pecho de alguien. Alcé la vista y observé a mi héroe. Rick frunció el ceño con fuerza y apretó las mandíbulas. Su mirada no auguraba nada bueno. Observé las caras asustadas de Elisa y sus amigas.

¡Sabía que la mirada de Rick las amedrentó!

Apoyé una mano en el pecho de Rick y éste bajó la mirada para observarme fijamente. Su rostro se relajó, como si lo único que necesitara fuera mi sonrisa tranquilizadora.

Él me besó en la frente y se inclinó hacia mi rostro para susurrarme sobre los labios:

—Créeme Ginebra, ellas no te llegan ni a la suela de los zapatos.

Rick entrelazó sus dedos con los míos y se abrió paso a codazos. Me sorprendí que la gente nos hiciera pasillo para dejarnos pasar. Rick imponía mucho respeto y enfadado asustaba demasiado.

Cuando nos desplazamos varios metros de distancia, vi a Ana con la preocupación reflejada en el rostro.

—¡Gracias al cielo! —expresó ella, corriendo hacia nosotros—. No sé qué ha pasado, pero cuando llegué junto a Darío, me di cuenta de que le estaba sujetando la mano a un desconocido —dijo y yo junté las cejas, sorprendida—. Cuando Rick se dio cuenta de que te había perdido, no tardó ni un segundo en salir a tu rescate. Tenías que haberlo visto. Estaba realmente asustado.

Algo en mi interior se encendió. Me llevé la mano a la barriga cuando las mariposas de mi estómago revolotearon sin cesar.

Observé de soslayo a Rick, quien no me sacó los ojos de encima ni un minuto.

—¡Esto es un agobio! —expresó Darío, vaciando la copa de un solo trago—. ¿Por qué no damos un paseo por la orilla de la playa?

Todos asentimos con la cabeza y salimos del bar.

Yo sonreí mientras observaba cómo Ana y Darío jugaban al pilla pilla, un

poco alejados de nosotros.

Tragué saliva y me mordí el interior de mi mejilla con nervios. Rick estaba callado y su silencio me incomodaba. No tenía ni idea de qué se le estaba pasando por la cabeza en ese preciso momento.

—¡Ah! —gritó Ana cuando Darío la cargó sobre su hombro derecho y comenzó a correr con ella, lejos de nosotros dos.

—Chicos, lo siento, pero Ana y yo tenemos que arreglar un asunto en mi coche. Nos vemos más tarde —dijo Darío con una sonrisa picarona, mientras se alejaba hacia los aparcamientos.

Yo frené en seco y pensé.

¿Qué pasaría cuando mi coche saliera del taller de Rick? ¿Él dejaría de estar conmigo?

Rick me observó fijamente, esperando a que reaccionara. Yo pestañeé varias veces y desvié la mirada a sus ojos. Sus mandíbulas se apretaron fuertemente y sus ojos mostraron la incomodidad que estaba sintiendo en esos momentos.

—Rick... —susurré cuando, sin esperármelo, me abrazó con fuerza.

—Si supieras que mis ojos dejan al descubierto con facilidad tu piel, me matarías, pero es la verdad. ¿Sabes lo mucho que me está costando controlarme? Te deseo, Jen. No quiero que nadie se acerque a ti, el solo pensar que otro hombre quiera estar contigo me enloquece. Y, ahora mismo, lo único que quiero es cargarte en brazos y llevarte conmigo.

Yo sonreí de forma ladina.

—Hazlo —dije, casi en una súplica. Rick me observó con los ojos abiertos, sorprendido por mi reacción—. Aunque, pensándolo mejor, no creo que tus brazos puedan cargarme durante mucho tiempo —dije, picándolo, mientras le acariciaba sus firmes bíceps.

Rick enarcó ambas cejas y sonrió con picardía.

—Oh, cariño... —murmuró él con voz ronca—. Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —preguntó y yo fruncí el ceño—. Cinco, cuatro, tres...

¡Mierda!

Corrí sin dejar de reír, ya risa trémula, por la arena salada de la orilla del mar.

—Dos, uno... ¡cero! —gritó Rick y mi corazón se aceleró a mil por hora.

¡Me dolía el estómago de tanto reír!

Rick intentó atraparme entre sus brazos, pero lo esquivé. Mis risas se entremezclaron con el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

—¡Ah! —grité cuando él me atrapó por detrás.

Rick me hizo girar y me sujetó contra su pecho. Yo rompí en carcajadas. Hacía años que no lo pasaba tan bien. Me daba igual si la gente de la playa nos estaba mirando o cuchicheando tonterías sobre nosotros. Estaba con Rick y eso era lo que realmente me importaba.

Agarré a Rick por la nuca y lo atraje hacia mí. Saboreé la brisa salda sobre sus labios y él me rodeó la cintura con los brazos. Nos besamos con hambre voraz, con deseo y pasión.

Gemí cuando él me besó el cuello, mordisqueando la clavícula. Sus manos se deslizaron bajo mi vestido y me agarró del trasero. Yo le mordí el labio inferior y él gruñó.

¡Necesitaba todo él y lo necesitaba ahora!

—Esta escena ya la he visto en otra película. Y, por cierto, uno de los protagonistas se muere —dijo Elisa.

Yo me sobresalté, me separé de Rick y observé a Elisa con la boca abierta. Ella no venía sola, sino con la compañía de Zack y otros dos amigos.

Tragué saliva con nervios. Rick miró a Zack con una expresión que auguraba sangre. Por el contrario, Zack no dejó de observarme con rabia.

Los dos amigos de Zack dieron un paso al frente y se cruzaron de brazos.

—Quiero que le pidas disculpas a Elisa por haberla asustado —ordenó Zack y Elisa sonrió ufana.

Antes de que pudiera pronunciar algo para calmar la situación entre aquellos dos titanes, Rick se me adelantó:

—Aquí el único que va a pedir disculpas eres tú, cabrón —habló, invadido por la cólera—. O, mejor dicho, seré yo el que le pida disculpas a tu familia cuando te haya dejado malherido en la camilla de un hospital.

«¡Oh, no!», pensé.

---

# Capítulo 10

Mis ojos se movieron de un lado a otro entre Rick y Zack. El miedo me invadió por dentro. Eran tres contra uno.

—No sabes con quién estás hablando, gilipollas —inquirió Zack, acercándose más hacia nosotros.

En reacción, Rick me puso detrás de su cuerpo, protegiéndome.

—Sé que eres el capullo que ha hecho daño a mi chica—respondió Rick, a escasos centímetros de Zack.

—Tú... ¿chica? —Zack parecía confundido y, por supuesto, enfadado—. Vaya. Al final, Elisa tenía razón cuando decía que Jennifer era una put...

*Pum.*

Zack no pudo terminar la frase porque Rick lo golpeó en la cara.

Rick sacudió la mano para aliviar el dolor que debía sentir mientras soltaba improperios por lo bajo.

Elisa gritó y se arrodilló en el suelo junto al cuerpo de Zack mientras éste gemía de dolor.

—¡Apártate! —gritó Zack, apartando a Elisa a un lado para incorporarse del suelo.

Un hilo de sangre corrió por la comisura de sus labios cuando sonrió mezquinamente.

—Vamos a ver de qué pasta estás hecho. ¡Chicos! —exclamó Zack, y sus dos amigos se abalanzaron sobre Rick.

—¡No! —grité con miedo.

Rick no se amedrentó. Esquivó los golpes con gran pericia y golpeó puño tras puño en las caras de aquellos dos hombres. Observé todo con atención, con el cuerpo paralizado por el miedo. Y cuando Rick consiguió tumbar a sus dos adversarios, Zack lo atacó por detrás, cogiéndolo desprevenido.

—¡Sujetarlo! —gritó Zack y sus dos amigos se levantaron del suelo.

Rick gruñó de dolor cuando Zack lo golpeó en la boca del estómago.

—Espero que esto te ayude a refrescar la memoria la próxima vez que me veas, gilipollas —dijo Zack, antes de darle otro puñetazo en el estómago.

—¡No! ¡Para! —grité horrorizada, corriendo hacia ellos mientras las lágrimas salían a borbotones de mis ojos.



Traté de apartar a Zack a un lado, pero éste me envolvió el cuello con el brazo.

—Te lo dije, Jenny. Te dije que si no volvías conmigo, las cosas se complicarían para todos, especialmente para ti. ¡Te advertí que a mi lado estarías protegida! —gritó enajenado por la rabia, mientras gotas de saliva caían sobre mi cara.

Rick se tensó e intentó que aquellos dos hombres lo soltaran.

Zack sonrió.

—Así que ella también es tu debilidad... —murmuró él por lo bajo y yo abrí los ojos cuando me apretó el cuello con más fuerza—. Yo me la he follado, una y otra vez, y lo volveré hacer.

—¡Au! —sollocé de dolor.

Rick gruñó, enseñando los dientes como lo haría un lobo enfurecido. Uno de los amigos de Zack se acojonó y lo soltó. Rick se liberó del agarre con que el otro amigo de Zack le había asido y pegó un puñetazo sonoro en el rostro de Zack. Ambos cayeron al suelo dándose puñetazos mientras las olas del mar envolvían sus cuerpos.

—Nunca... —gritó Rick con la voz entrecortada—. ¡Nunca vuelvas a tocarla, capullo! No te acerques a ella. Niquiero que respire su mismo aire. ¿Me has entendido? —le preguntó a Zack, agarrándolo por el cuello de la cazadora y zarandeándolo como un trapo.

Zack asintió con la cabeza mientras la sangre corría por su labio.

Rick se incorporó tambaleándose. Elisa me fulminó con la mirada y corrió hacia Zack para ayudarlo.

Yo no supe cómo reaccionar. Estaba en estado de shock.

Alcé la vista con los ojos inundados en lágrimas cuando Rick se acercó hacia mí, mientras su rostro se contraía en muecas de dolor.

—Rick...

—No digas nada, Jennifer. Intenta no decir nada o juro que me daré la vuelta y seguiré golpeando a ese cabrón. Me da igual si tengo que ir a la cárcel —dijo, arrastrando las palabras y me dio sus llaves del coche—. Nos largamos de aquí, pero esta vez no podré llevarte en brazos como tenía pensado hacerlo—murmuró con la mandíbula apretada.

Intenté conducir, pero las lágrimas nublaban mi visión y mis manos temblaban tanto que me costaba cambiar la marcha. Observé de reojo a Rick. Estaba descansando en el asiento del copiloto, con los ojos cerrados.

—Rick... —murmuré en apenas un hilo de voz.

—Llévame al taller. No puedo volver a casa así.

Asentí con la cabeza y volví la mirada a la carretera. Después de varios minutos conduciendo, aparqué el coche frente al taller y esperé a que Rick reaccionara.

Él gruñó de dolor cuando intentó bajarse del coche.

—¡Dios Santo! —expresé, bajándome del coche y rodeándolo para llegar al lateral derecho.

—Rick, creo que deberíamos ir a...

—Estoy bien —respondió él con sequedad.

Yo negué con la cabeza. Me estaba hartando de que no me dejara terminar ni una frase.

Rick abrió el portalón del taller, hizo un movimiento con la cabeza para que pasara y entramos. Cuando Rick volvió a cerrar el portalón la oscuridad invadió el taller.

No podía ver nada, pero él me agarró por la muñeca y me arrastró con pericia hacia el interior. Escuché el sonido de una puerta abrirse y cuando Rick encendió la luz, observé un pequeño despacho con un escritorio, dos estanterías y un sillón en la esquina.

—Espérame aquí —dijo él, abriendo otra puerta dentro de la habitación.

Limpié las lágrimas, lo seguí y entré en un diminuto cuarto de baño. Observé a Rick tratando de limpiarse la sangre de la cara.

—Jennifer, te dije que...

—¡No, deja de interrumpirme y escúchame! —grité con la voz rota y bajé la tapa del váter—. ¡Siéntate aquí!

Rick me observó confuso y sorprendido, pero finalmente se sentó.

Volví a secarme las lágrimas y agarré el botiquín de primeros auxilios. Humedecí el algodón en alcohol y me acerqué a él. Su cara quedó a la altura de mis pechos y tuve que inclinarme para limpiarle la herida de su ceja.

—¿Te duele? —pregunté preocupada.

Él no dijo nada.

Paré de limpiarle la herida y clavé la mirada en sus ojos color azul.

—¿Podrías responderme? —inquirí con la voz afligida.

—Aclárate, Ginebra. ¿Quieres que esté callado o que hable? —preguntó él con una sonrisa.

Verlo sonreír, a pesar de lo que Zack le hizo, me conmovió por completo. Las lágrimas salieron de mis ojos y seguí limpiándole la herida en silencio.

El rostro de Rick se contrajo de dolor, sabía que el alcohol le escocía de

un modo horrible. De repente, el agarró mi muñeca y me obligó a parar de limpiarle la herida.

Rick llevó su pulgar a mi mejilla y me limpió una lágrima que quedó en el mentón.

—Lo siento, cariño —murmuró él, al mismo tiempo que tiraba de mí y yo me sentaba a horcajadas sobre él.

—No debiste pegar a Zack, Rick. Él es capaz de hacer cualquier cosa, no se detendrá ante nada —dije con la voz entrecortada.

—Jennifer. —La voz de Rick sonó firme—. ¿Qué clase de hombre sería si me quedara de brazos cruzados mientras amenazan a mi chica? Prefiero recibir mil puñetazos a que ese idiota te ponga un dedo encima.

Se me arrugó la cara de tristeza y se me escapó un sollozo. Rick me estrechó más fuerte entre sus brazos.

—No conoces a Zack —murmuré en voz baja mientras negaba con la cabeza—. Zack es hijo único de un empresario multimillonario. Todo el mundo lo teme. Nadie quiere problemas con él.

A Rick se le escapó una risilla. Me separé de su pecho para observarlo a los ojos.

—A mí no me da miedo ese gilipollas. Y lo mejor de todo es que hoy he herido su orgullo —dijo, apretando los puños con fuerza—. Y le he cerrado esa boca que tiene.

—Rick, hablo muy en serio. No sabes de lo que Zack es capaz de hacer— le dije mientras me deshacía en lágrimas—. Él y Elisa me están haciendo la vida imposible. Ellos me amenazan constantemente y ya no aguanto más —balbuceé, y mi voz se desgarró entre sollozos e hipos.

No supe lo que dije hasta que el rostro de Rick se tensó y su mandíbula se apretó.

—Jennifer... —murmuró él entre dientes, apretando los puños con más fuerza—. Si intentan hacerte daño otra vez, yo mismo me encargaré de ellos. ¡Joder! Te juro que si te tocan un pelo... Yo... —Rick cerró los ojos con fuerza, tratando de calmarse.

Lo abracé con fuerza y dejé quemeacariciase la espalda con ternura. No quería hablar más del tema, simplemente quería olvidarme de la realidad y Rick era el único que sabía hacerme olvidar del mundo.

—Gracias por aparecer en mi vida y demostrarme que el amor existe, Rick.

Él me sujetó por el mentón y me atrajo hacia él, al mismo tiempo que ya

inclinaba la cabeza al encuentro de mi boca.

—Gracias a tu coche por haberse estropeado en el lugar adecuado. ¡Joder, Jen, eres la mujer que siempre he deseado!

Yo fruncí el ceño, preocupada.

—Estás temblando... —susurré.

Me había olvidado de que Rick estaba literalmente empapado.

—Entonces, hazme entrar en calor. Tú eres la única persona que puede encenderme en llamas.

—Rick, yo...

Rick me atrapó la boca y me besó hasta que se le acabó el aire en los pulmones. Él me acarició el mentón con la lengua y me mordisqueó la barbilla. Yo gemí deleitándome con sus caricias. Nos observamos durante un momento interminable, mientras sus manos subían por mis pantorrillas y la corva de las rodillas. El deseo se arremolinó en mi vientre y me mordí el labio inferior.

Rick tragó saliva, y su nuez ejecutó una pequeña danza a lo largo del cuello. Luego, desabrochó mi vestido por la espalda y bajó los tirantes de mis hombros. Observó mi sujetador blanco de encaje y se pasó la lengua por los labios. Se inclinó sobre mí y deslizó sus dedos por el enganche trasero de mi sujetador. Cuando los tirantes del sujetador se deslizaron por mis hombros, Rick me comió con los ojos.

Se hundió en mis pechos y suspiré cuando dejó un reguero de besos en ellos.

—¡Ah! —eché la cabeza hacia atrás cuando me succionó un pecho como si le fuera la vida en ello.

Sentí una fuerte excitación cuando atrapó mi pezón con sus dientes, dándome ese punto de dolor que me llevó mucho más lejos.

—Rick, te necesito... —murmuré mientras mis mejillas ardían en deseo.

Mis palabras lo excitaron. Me devoró la boca mientras sacaba un preservativo del bolsillo de su pantalón. Luego, levantó las caderas y se bajó los pantalones y el bóxer. Subió la tela de mi vestido, dejándola enrollada en mi cintura. Y cuando me agarró de las caderas y me empujó contra su erección dura como una piedra, sentí cómo la excitación corría por mi cuerpo.

Rick deslizó una mano desde mi ombligo hasta mi entrepierna. Cerré los ojos cuando deslizó su dedo entre mis pliegues, acariciándolos con suavidad y deseo. Con mi mano, envolví su longitud endurecida y él gruñó cuando le acaricié la punta.

—Quiero saborearte, mi dulce Ginebra.

Rick me cargó en brazos y me tumbó boca arriba sobre el escritorio. Me separó las piernas con las manos, acariciándome los muslos con sus ardientes dedos.

Intenté cubrirme con la mano, pero Rick me la apartó molesto.

—Desnuda te ves muy apetecible —murmuró él, dejando escapar un excitante ronquido.

Me apoyé sobre los codos para observarlo. Arqueé la espalda cuando me lamí allí abajo. Su habilidosa lengua dibujaba eróticos círculos sobre mi clítoris.

—Rick... —gemí de placer e impaciencia.

Él se separó de mí, se llevó el preservativo a la boca y rasgó el envoltorio con los dientes. Se colocó el preservativo sobre su miembro erecto mientras seguía mirándome a los ojos.

El momento que Rick se hundió en mí fue tan perfecto que me quedé sin aliento.

Los movimientos de vaivén se tornaron rápidos y frenéticos mientras él me sujetaba por la cintura y yo me apretaba más contra él.

—Ginebra, vas a emborracharme de amor... —gruñó Rick entre jadeos.

—¡Ah!

Sus embestidas aceleraron y su respiración se volvió más jadeante mientras pronunciaba mi nombre. Levanté el cuello para recibir sus besos mientras me penetraba con más fuerza.

Y cuando los dos llegamos al mismo tiempo, su última embestida fue tan fuerte que la mesa se desplazó hacia delante.

El orgasmo me había dejado completamente saciada y exhausta. Rick me apartó un mechón de cabello sudado de la frente y me besó con ternura.

—Eres mía —Su voz resonó en mi oreja—. Mía...

---

# Capítulo 11

Me estiré perezosamente y ahogué un bostezo. Me dolía la espalda porque me había dormido en una mala postura. Parpadeé varias veces para despertarme por completo y me di cuenta de que estaba tumbada en los asientos traseros de mi coche.

¡De mi Mercedes!

Giré la cabeza y vi a Rick, durmiendo plácidamente con el antebrazo colocado en los ojos. Lo único que cubría nuestros cuerpos desnudos era una manta de cuadros.

—Sigo con frío, Ginebra —murmuró Rick medio dormido y volvió a rodearme con los brazos, pegando su pecho desnudo a mi cuerpo.

Sonreí contra su cuello y le acaricié los brazos.

—Me pregunto qué opinarías si te robara la manta —dijo, al mismo tiempo que me sacaba la manta y me observaba con deseo. Rick tragó saliva, nervioso—. ¡Maldita sea! Necesito hacerte el amor otra vez.

La mañana se pasó volando. Cuando Rick y yo terminamos de hacer el amor, él me llevó a la residencia. Entré en el apartamento con una sonrisa de oreja a oreja y vi a Ana sentada en el sofá. Ella me observó con una ceja enarcada y me hizo un gesto para que tomara asiento a su lado. Sabía que tenía que darle explicaciones, pero no entraría en detalles.

Después de pasar la tarde charlando con Ana, mis padres me llamaron por teléfono para invitarme a cenar. Todos los domingos solía ir a la casa de mis padres para darles una visita, pero mi coche estaba estropeado y mi padre no podía enterarse de que el Mercedes estaba averiado. Quería demostrarle que podía confiar en mí. Así que, me inventé la excusa de que me dolía la cabeza.

Ana decidió pedir unas pizzas para cenar. Queríamos acostarnos temprano porque los lunes teníamos clases con Olalla. Así que, las dos necesitábamos cargar las pilas.

*Pum, pum.*

¡La pizza ya estaba aquí!

Ana se estaba duchando, así que, me levanté del sofá como un resorte, agarré la cartera y abrí la puerta.

—Sorpresa, cucaracha —dijo Elisa sujetando la caja de la pizza.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —pregunté llena de rabia y miedo.

—Vengo a traerte la comida —respondió ella con una sonrisa—. Ya le he pagado al repartidor. Así que —dijo, tirando la caja al suelo—, ahí tienes la comida.

Di un paso hacia atrás y la observé con el ceño fruncido.

—Déjame en paz, Elisa.

Antes de cerrar la puerta, un brazo musculoso me lo impidió. Observé boquiabierto al mismo hombre que me había perseguido la noche que denuncié el robo de mi cartera.

Me asusté cuando observé una cicatriz enorme en su labio superior.

—Te presento a mi amigo —explicó ella, acariciándole el pecho a aquel hombre—. ¡Oh, vamos! No me mires así. Te aseguro que yo no le ordené que te asustara aquella noche. Fue Zack quien le ordenó que te siguiera —confesó, acercándose a mi rostro—. Porque si por mí fuera, le habría ordenado que te partiera las piernas.

El aire abandonó mis pulmones y me sentí desfallecer.

—¡Os doy cinco jodidos segundos para que os larguéis de aquí o llamo ahora mismo a la policía! —dijo Ana, apareciendo detrás de mí, mientras una toalla cubría su cuerpo.

Elisa sonrió dulcemente y se cruzó de brazos.

—Está bien, tranquilas. Ya nos veremos, cucaracha —dijo ella, sacudiendo su mano en el aire, mientras se alejaba por el pasillo con aquel hombre.

Ana cerró la puerta de un golpe y me observó con los ojos inundados por las lágrimas.

—Creo que me debes muchas explicaciones. Jennifer, soy tu amiga. Nunca te traicionaré. ¡Demonios! Puedes confiar en mí.

Yo me abalancé sobre ella y me desahogué sobre su hombro.

—Tengo miedo, Ana...

Ana y yo pasamos toda la noche hablando de lo que me estaba sucediendo. Por primera vez, no me guardé nada dentro y le conté todo a mi mejor amiga.

Cuando salió el sol, Ana decidió ir a clases para explicarle a los profesores que no me encontraba bien. No quería que me suspendieran la asignatura, pero ese día no tenía humor ni fuerzas para ir a clases.

Quedé sola en el salón mientras mi mente divagaba hacia los recuerdos del pasado. Tenía que hacer algo para terminar con esta dichosa pesadilla, aunque no iba a ser fácil. La familia Hammer tenía mucho más poder que la mía. No

podía denunciar a Zack a la policía... no por ahora.

Me tumbé en el sofá y sollocé contra los cojines. Me sentía impotente por no poder hacer nada.

De pronto, el sonidodemi móvilme hizo despertarme de mi ensimismamiento y volver a poner los pies en la tierra. Desbloquéé la pantalla del móvil y vi que tenía un mensaje de Rick:

*«Buenos días, preciosa. ¿Cómo has amanecido? ¿Cansada? ;) Espero que tengas un hermoso día, mi ginebra preferida. Te amo».*

No volví en sí hasta que me di cuenta de que estaba llorando y las lágrimas golpeaban la pantalla de mi móvil. Desde el día que conocí a Rick, mi vida cambiopara bien, pero siempre los problemas, que de alguna manera me perseguían, estaban presentes en mi vida.

Me levanté del sofá, me limpié las lágrimas y salí de la residencia. Necesitaba a Rick, ahora más que nunca. Con él, me sentía segura, protegida.

¡Rick era mi héroe!

Cuando el taxista aparcó el auto frente al taller de la familia Méndez, mi corazón se paralizó cuando observé un coche con el logotipo de las empresas de mi padre grabado en los laterales.

Le pagué al taxista, me bajé del coche y corrí hacia la entrada cuando escuché los gritos de David.

—¡No me toquéis los huevos, sois peores que las sanguijuelas! —gritó alterado el padre de Rick.

—El socio del señor Hernández me ha pedido expresamente que os lo comunique en persona —habló el trabajador de la empresa de mi padre mientras sujetaba una carpeta en su mano.

El socio de mi padre era el señor Hammer, es decir, el padre de Zack.

¡Maldito cabrón!

Zack quería arruinarle la vida de Rick e iba a conseguirlo.

—Tengo los papeles de estas propiedades —dijo el empleado de mi padre.

—Yo también tengo una llave inglesa del número quince —dijo Rick, saliendo del taller con una llave inglesa en la mano.

Nuestras miradas conectaron y observé su rostro crispado por la sorpresa.

—¿Acaso me está amenazando, jovenzuelo? Si me toca un pelo, mis jefes lo encerrarán en la cárcel. Sois unos miserables.

Abrí los ojos, sorprendida por aquellas palabras, y giré la cabeza para



observar al empleado de mi padre.

—¿A quién llamas tú miserables? —inquirí, enajenada por la ira.

No tenía ni idea de cómo se llamaba aquel hombre, pero iba a informar a mi padre de todo esto.

—¿Y tú quién demonios eres? ¿Otra miserable más como ellos? —preguntó él, al mismo tiempo que señalaba a la familia Méndez.

Rick, a punto de abalanzarse sobre aquel ruin hombre, frenó en seco cuando dije:

—Soy Jennifer Hernández, hija de Víctor Hernández —expliqué con los ojos inyectados de enojo.

El hombre, perplejo por mi contestación, me observó de arriba abajo y luego empezó a carcajear a mandíbula batiente. Yo negué con la cabeza, al mismo tiempo que sacaba de mi monedero el teléfono móvil. Cuando le enseñé varias fotos de mi familia, su cara palideció. Pero quien parecía estar mucho más sorprendido por la noticia era Rick.

—Quiero que te largues de aquí o llamaré a mi padre para que te despidan.

El hombre abrió y cerró la boca un par de veces, sin saber muy qué decir. Luego asintió con la cabeza y corrió torpemente hacia el coche.

Suspiré aliviada y me sentí más relajada cuando observé el coche de la empresa de mi padre alejarse de allí.

Pero cuando volví mi mirada hacia Rick, los nervios hicieron acto de presencia.

—¿Hay algo más que deba saber de ti? —preguntó él mientras se acercaba a mí lentamente—. ¡Joder, Jennifer! ¿Por qué no me lo dijiste? —murmuró por lo bajo cuando quedamos a escasos centímetros de un beso. Estaba mosqueado y lo entendía—. Espera —dijo, pasándose la mano por la cara, nervioso y un poco alterado—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tenías clase por la mañana?

Asentí con la cabeza, mordiéndome el labio inferior para evitar que se me escapara un sollozo.

Rick frunció el ceño, me acarició con dulzura la mejilla y yo no pude retener las lágrimas que se agolparon en mis ojos.

—Jennifer, ¿qué ha pasado? —Su voz sonaba preocupada.

Me abracé a él y sollocé convulsivamente.

—Te necesito, Rick.

## Capítulo 12

Rick caminó de un lado para otro del despacho sin dejar de soltar improperios. Yo quedé quieta, sentada en el sillón, pero el silencio me estaba matando por dentro.

—Rick —murmuré por lo bajo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Lo voy a matar, Jennifer, lo voy a matar! —Rick le dio una patada a la papelera, que fue estamparse contra la pared.

Yo me sobresalté y pegué un pequeño brinco.

—Me da igual que Zack intente hacerme daño a mí, Jennifer, pero no voy a permitir que te haga daño a ti, ¿me has entendido?

—Rick, por favor... —susurré entre sollozos, pero mi voz sonó casi inaudible.

—Te juro que voy a buscar a Zack y cuando tenga su cuello entre mis manos...

—¡Rick! —exclamé en alto para hacerme oír.

Él me observó fijamente. Su rostro se relajó y dejó de apretar los puños.

—El padre de Zack es un hombre con mucho poder. No nos conviene hacerlo enojar. Ya te dije que Zack es capaz de hacer cualquier cosa. Te conté, con pelos y señales, todo lo que me estuvieron haciendo durante estos años.

Rick se arrodilló frente a mí, me agarró las manos y empezó a besarme los nudillos.

—Jennifer, esto no puede seguir así —dijo con voz más calmada y observándome a los ojos—. Tu padre tiene que saber lo que te está pasando. Él podrá ayudarte.

Yo negué con la cabeza, alarmada ante aquella idea.

—El padre de Zack es el socio de mi padre.

—¿Y? ¿Crees que a tu padre le importará eso?

Yo me llevé las manos a la cabeza.

—¿No lo entiendes? Mi padre tiene problemas de corazón, Rick. Si le cuento lo que me está pasando, se llevará un disgusto. Y lo último que deseo es que él tenga otro infarto.

Rick se incorporó del suelo, apretó los puños con fuerza y maldijo por lo bajo.

—¿No lo entiendes? —preguntó gritando—. Infarto se lo vas a provocar igual cuando un día esos cabrones se pasen de la raya contigo. Y si eso sucede, Jennifer, tendrás a tu padre ingresado en el hospital y a tu novio en la cárcel por asesinato.

Rick salió de la habitación, cerrando la puerta de un portazo. El silencio me trajo el eco de sus palabras.

¡Rick tenía razón!

Tenía que poner fin a esta pesadilla.

Busqué mi móvil en el bolsito con dedos temblorosos marqué un número que tenía en la agenda.

—¿Diga?

—Papa, necesito hablar contigo. ¿Estás en casa?

—Sí, cariño. Estamos todos en casa.

Yo fruncí el ceño. ¿Todos?

Sacudí la cabeza y contesté:

—Voy ahora para ahí.

Colgué el teléfono y salí del despacho con la esperanza de encontrarme con Rick, pero él no estaba allí. Lucas y David me observaron con tristeza y me dijeron que Rick necesitaba estar a solas. Según ellos, nunca lo habían visto en aquel estado.

Pedí un taxi y fui a la casa de mis padres, pensando en todo lo que estaba pasando. Tenía miedo de cómo reaccionaría mi padre cuando se enterara de que el hijo de su socio me estaba acosando, ¡pero él merecía saberlo!

Cuando llegué a la mansión de mis padres, el portero me recibió y me acompañó hasta la puerta principal.

Caminé con paso inseguro por el pasillo y escuché risas que provenían del salón. Fruncí el ceño, confundida, y entré en el salón.

Zack y sus padres estaban sentados en el sofá, charlando y riendo con mi padre.

Los nervios me envolvieron como una ola gigante cuando Zack clavó su mirada en mí y me sonrió con malicia.

—¡Cariño, ya estás aquí! —dijo mi madre. Su tono era de alegría, pero también de tensión.

Yo permanecí estática en la entrada del salón. Intenté hablar, pero quedé aturdida como si mi alma abandonara mi cuerpo durante unos segundos y regresara llena de incertidumbres.

—Tu padre me ha dicho que necesitabas hablar con él... —La voz de mi

madre sonaba emocionada y atascada por las lágrimas—. ¡Ya sabemos lo que querías contarnos, hija! Estoy tan feliz —dijo y una lágrima resbaló por su mejilla.

Yo parpadeé varias veces, sin entender lo que estaba pasando.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté cabreada.

—Hija —Mi padre se levantó del sofá y se acercó a mí para agarrarme la mano. Yo tragué saliva con dificultad cuando lo observé a los ojos. Mi padre también estaba emocionado, le costaba hablar—. Estás hecha una mujer. Estoy tan orgulloso de ti, hija mía —dijo con una voz llena de emoción.

—Yo también estoy orgulloso de su hija, suegro —habló Zack, levantándose del sofá y acercándose a nosotros con una sonrisa.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y se me encogió el vientre.

«¿Suegro?», pensé.

—Vale... —murmuré por lo bajo, al mismo tiempo que me masajeaba las sienes—. ¡Quiero saber qué coño está pasando aquí!

—Jennifer, cuida tus modales. ¿Desde cuándo dices palabrotas? —preguntó mi madre con el ceño fruncido.

«Llevo diciendo tacos desde que el cabrón de Zack y la víbora de Elisa me acosan, querida madre», pensé para mí misma mientras apretaba los puños con rabia.

—Venga, cariño —dijo Zack, rodeándome la cintura con un brazo—. Deja de fingir que no sabes nada y díles por qué has venido aquí.

Clavé la mirada en mi padre, aguantando las ganas de echarme a llorar. Había venido a la casa de mis padres para contarles la verdad. Para decirles que Zack Hammer, el mismo hombre que estaba charlando con ellos en nuestro salón, me estaba acosando.

Me quedé callada, sin saber qué decir, mientras Zack me apretaba con fuerza contra su cuerpo.

—Veo que estás un poco conmocionada —dijo Zack—. Pero no te preocupes, amor, ahora que estás aquí conmigo, volveré a comunicarles la noticia a nuestros padres —comentó y sus dedos se entrelazaron con los míos—. Quiero que sepáis que Jennifer y yo «vamos a dar un paso más». ¡Nos vamos a casar!

Yo sentí que la tierra se abría debajo de mis pies al escuchar aquello.

Mi madre y la de Zack chillaron de alegría, dando saltitos en sus pies.

—Víctor, vamos a ser socios y consuegros —dijo el señor Hammer con una enorme sonrisa.

—Hija, espero que sepas lo contento que estoy de que tú y Zack os caséis. Zack es un buen hombre para ti. No tendré por qué preocuparme, porque sé que él cuidará muy bien de ti—dijo mi padre, secándose una lágrima con el pañuelo.

La rabíay el dolor que sentíaeran demasiado intensoscomopara pensar en tener compasión por mi padre cuando le contara la verdad. No iba a permitir que Zack saliera ganando, ¡no! Apreté los puños y los dientes y, antes de abrir la boca para hablar, Zack se acercó a mi oreja y me susurró:

—Si intentas hacer algo contra mí, te juro que el taller de la familia Méndez dejará de existir. Sabes que puedo hacerlo y si me tocas mucho las pelotas, conseguiré que los encierren en la cárcel por edificar en una propiedad privada.

Sentíel arduo latido demicorazón contra miscostillas cuando Zack me besó en el cuello y siguió sonriendo ufano.

Labarbillame tembló y sentí queuna lágrimaamenazaba con derramarse. Apreté los labios en una línea fina y rígida mientras pensaba en todo lo que estaba sucediendo.

¡Ya no había marcha atrás!

La pesadilla nunca terminaría... Iba a ser la esposa de Zack Hammer.

---

# Capítulo 13

El resto del día pasé encerrada en mi cuarto de la residencia. No quería estar cerca de Zack. ¡No lo quería ver ni en pintura!

Ana llamó a la puerta.

—Jen, ¿puedo pasar?

—Sí —respondí, casi en un susurro.

Cuando ella entró a la habitación, me derrumbé y, finalmente, le conté todo lo que me estaba pasando.

—¿Le has contado esto a Rick? —preguntó ella con preocupación. Yo negué con la cabeza—. Jenny, él necesita saberlo. No dejaremos que Zack salga ganando. Iremos a la policía. Yo iré de testigo.

Observé a Ana y asentí con la cabeza.

—¿Esta noche vas a quedar con Darío? —inquirí.

Ella frunció el ceño, confusa.

—Sí, teníamos pensado ir al bar de su barrio.

—Necesito que me hagas un favor —dije con la voz triste—. Necesito que Darío lleve a Rick al bar, por favor.

Ana asintió con la cabeza y yo suspiré aliviada. Ojalá pudiera llamar yo misma a Rick, pero tenía miedo de que Zack se enterara.

Cuando la noche llegó, Ana y yo nos dirigimos hacia el barrio de Darío y Rick. Sonreí como una tonta cuando observé por la ventanilla la calle donde Rick y yo nos besamos.

«Conmigo, quiero que te olvides del tiempo, de las apariencias... Y lo más importante, quiero que te olvides de tus complejos», recordé.

Cuando Ana y yo entramos en el bar del barrio de Rick, observé a Darío en la barra.

Ana me agarró de la mano y me acarició los nudillos para animarme.

¿Dónde estaba Rick?

—Hola, mi amor —dijo Ana, al mismo tiempo que le daba un beso a Darío.

Darío me sonrió con dulzura.

—No estés triste, Jenny. Rick está aquí —dijo, señalando la esquina del bar.

Desvié la mirada hacia la esquina del bar y vi a Rick apoyado contra la barra del bar. Rick llevaba puesto una cazadora negra, una camiseta blanca y unos pantalones negros.

¡Uff!

¿Cómo podía ser tan irresistible?

Caminé con paso inseguro hacia él, pero sin dejar de sonreír.

¡Lo amaba!

Por otra parte, Rick me observó con el ceño fruncido y se acercó a mí más serio de lo normal.

¿Qué sucedía?

—Rick —habló el hombre que estaba con él y cuando observé la cicatriz en su labio superior, sentí unas fuertes náuseas.

Todo mi cuerpo empezó a temblar cuando me di cuenta de que el compañero de Rick era el mismo hombre que me persiguió la noche que denuncié el robo de mi cartera.

¡El mismo hombre que acompañó a Elisa hasta mi apartamento para amenazarme!

Observé a Rick con las lágrimas en los ojos mientras negaba con la cabeza.

¿Qué hacía Rick charlando con aquel hombre?

Salí de allí corriendo como nunca antes lo había hecho.

El ronco sonido de un trueno rasgó el cielo y yo me sobresalté. Mis lágrimas se camuflaron con las gotas de lluvia mientras seguía corriendo.

—¡Jennifer! —Rick gritó con tanta autoridad que me detuve.

Lo observé, cabreada, y ambos sostuvimos las miradas.

—¿De qué conoces a ese hombre? —pregunté, alzando la voz—. ¡Dime!

Rick me observó con preocupación y se acercó a mí. Se sacó la cazadora y me cubrió los hombros, que me temblaban de frío y de nervios.

—No sabía que Thomas trabajaba para Elisa, Jenny —dijo, casi en un susurro—. Te lo juro. Estaba hablando con él para que me consiga pruebas de lo que Zack y Elisa te están haciendo.

Yo fruncí el ceño mientras la lluvia arreciaba, golpeándonos el cuerpo de forma incesante. Rick me enmarcó el rostro con las manos y me observó fijamente a los ojos.

—Esta pesadilla terminará muy pronto, Jenny. Y cuando esos cabrones estén en la cárcel, te prometo que estarás tranquila. Te juro que te haré la mujer más feliz del mundo.

«¿Su mujer?», pensé.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos con fuerza.

«Si intentas hacer algo contra mí, te juro que el taller de la familia Méndez dejará de existir. Sabes que puedo hacerlo y si me tocas mucho las pelotas, conseguiré que los encierren en la cárcel por edificar en una propiedad privada».

Observé fijamente a Rick, con los ojos llenos de pánico. No podía estar con Rick... no podía hacerlo. Lo amaba demasiado como para hacerlo sufrir. Él y su familia no se merecían que Zack les hiciera la vida imposible.

—Rick, me voy a casar con Zack —dije, sin más preámbulos, y con voz firme.

En ese momento, un fuerte trueno rasgó el aire. Rick me observó sin parpadear. Parecía en estado de shock.

—No. No es cierto... —murmuró él con voz inaudible.

—Sí, sí que lo es, Rick —dije, intentado mantener firme la voz.

Una lágrima rodó por su mejilla cuando se dio cuenta de que, por mucho que nos deseáramos, nunca podríamos estar juntos. Tragué saliva con dificultad. Era la primera vez que veía llorar a Rick.

—¿Quieres casarte con él? —inquirió él sin quitarme la mirada de encima.

Quedé en silencio durante un buen rato. No quería casarme con Zack, eso era algo obvio y no entendía cómo Rick dudaba de aquella realidad. Pero tampoco quería que Zack encerrara a Rick y a su familia en la cárcel. Nunca me lo perdonaría.

Apreté los puños y contesté:

—Sí... —murmuré por lo bajo mientras bajaba la vista al suelo, pero Rick me agarró del mentón y me obligó a observarlo a los ojos.

—Mientes, Ginebra —dijo con voz entrecortada mientras sus lágrimas se mezclaban con la lluvia—. Mientes...

—¡No! —exclamé, nerviosa—. ¡Es la verdad, Rick! Quiero casarme con Zack —manifesté con rabia. Rabia por la mentira que le estaba diciendo, pero lo hacía por su bien.

Él sonrió con dulzura y yo lo observé asombrada por su inesperada reacción.

—Te conozco, pequeña, incluso me atrevería a decir que te conozco mejor que nadie —dijo a milímetros de mi boca—. Así que, no intentes hacerme creer que te quieres casar con ese gilipollas. Tu boca está diciendo una cosa, pero tu cuerpo dice otra —murmuró entre dientes, enojado.

Rick me agarró la cara, la acercó a él y me besó. Me besó con fuerza, con



urgencia y deseo. Nuestros labios danzaron, nuestras lenguas giraron, nuestras respiraciones se mezclaron... Lo quería, ¡lo amaba profundamente!

La chaqueta resbaló por mis hombros y cayó al suelo, mientras los coches pasaban por la calle, con un siseo, y la lluvia humedecía nuestras bocas. Yo gemí dentro de su boca, mientras mis dedos recorrían su cabello azabache.

Rick gruñó y me besó con fervor, con más fuerza. El hormigueo de mi vientre se había convertido en una presión fuerte en mi entrepierna.

¡Uff!

*Ring, ring.*

Rick se separó de mis labios a regañadientes y sacó el móvil del bolsillo de su pantalón.

—Mierda... —susurró y observó la pantalla con el ceño fruncido.

Después de unos intensos segundos sin hacer nada, Rick descolgó el teléfono y se lo llevó al oído.

—¿Está todo listo? —preguntó con voz seria sin dejar de observarme—. Vale. Espérame ahí y acuérdate de poner todo dentro del maletín.

Cuando Rick colgó el teléfono, volvió a clavar sus ojos en mí.

—Rick, dime que está pasando...

Él no me dejó terminar la frase. Me enrojecí el rostro con las manos y me besó.

—Te prometo que esta pesadilla se terminará muy pronto —dijo.

Yo lo observé fijamente y tragué saliva, nerviosa.

No sabía qué era lo que Rick tenía planeado hacer, pero ojalá sus palabras se hicieran realidad...

---

# Capítulo 14

Pasaron tres días y no volví a ver a Rick. No sabía nada de él. No contestaba mis llamadas ni mensajes. Era como si hubiera desaparecido. Incluso Darío no sabía nada de él, ni siquiera su propio hermano Lucas.

Caminé con paso seguro hacia la residencia masculina. Entré en el edificio y varios estudiantes me piropearon y silbaron. Yo apreté los puños y contuve la cólera. No estaba de buen humor para esas tonterías.

Me paré enfrente de una puerta y la golpeé con los puños.

—¡Ábreme! —grité.

Varios estudiantes salieron al pasillo para observarme.

—¡Zack Hammer, abre la puta puerta!

La puerta se abrió bruscamente y observé a Zack, sonriendo con sagacidad.

—Espero que cuando nos casemos seas más dulce conmigo, amor mío —dijo.

Yo, sin pedir permiso, entré en su departamento de brazos cruzados.

—¿Dónde está? —inquirí cabreada.

La sangre me hervía y mis manos temblaban de ira.

Era la primera vez no sentía miedo. Estaba tan preocupada por Rick, que me daba igual enfrentarme con Zack o Elisa.

—Qué impaciente eres, cariño —murmuró él con una sonrisa—. El anillo ya está encargado.

Yo apreté los puños y hice rechinar mis dientes.

—¡No seas gilipollas! —grité, perdiendo la paciencia.

Zack frunció el ceño y su mirada se transformó en odio. Odio hacia mí.

—¿Dónde está Rick? —volví a preguntar, amenazándolo con mi dedo índice.

Zack comenzó a reírse a carcajadas.

—Tenía pensado ir a buscarte a tu habitación para enseñarte una cosa. Y ya que estás aquí, aprovecho para enseñártela ahora —dijo, al mismo tiempo que abría el cajón del armario y sacaba una carpeta roja—. Si quieres quedarte con las fotografías, te las regalo. Todas... —murmuró y esbozó una sonrisa maléfica.

Abrí lacarpetacon tal violencia que las fotografías salieron volando y cayeron en el suelo. Mis ojos se abrieron con horror y mi boca se abrió con un grito silencioso al explotar dentro de mí.

—¿Qué? ¿Sorprendida? —preguntó Zack con ironía.

En las fotografías estaban Rick y Elisa, sentados en un banco y charlando. Mis ojos se inundaron de lágrimas que no cesaban de caer y caer...

¿Qué hacía Rick hablando con Elisa?

—Como podrás observar, nuestros exnovios lo están pasando muy bien —habló Zack, sentándose en el sofá con parsimonia—. Así que, deja de preocuparte tanto por él. Rick te ha olvidado.

En parte, Zack tenía razón. Rick no se puso en contacto conmigo. Pero en las fotos tampoco se veía a Rick tocando a Elisa o haciendo algo indebido, sino charlando seriamente con ella.

Observé a Zack y negué con la cabeza.

—No sé cómo eres capaz de seguir con esta mentira, Zack. Aunque me case contigo, nunca te amaré.

Salí del departamento hecha un mar de lágrimas.

¿Por qué Rick no me llamaba? ¿Por qué él y Elisa quedaron para hablar?

«Así que, deja de preocuparte tanto por él. Rick te ha olvidado», recordé las duras palabras de Zack mientras corría hacia mi apartamento, llorando sin parar.

Esa noche fui a la casa de mis padres para cenar con ellos y, como no, con la familia Hammer. Mis padres estaban super emocionados con la noticia de la boda.

¡Dios!

Ellos no tenían ni idea de quién era realmente Zack Hammer.

Enderecé mi hombros, alisé una arruga de mi vestido y me observé en el espejo del recibidor de la casa. En el espejo vi a mi antigua yo. Aquella Jennifer cabizbaja, insegura y llena de complejos absurdos. Una Jennifer sin su héroe... ¡sin Rick Méndez!

—Estás hermosa, hija —dijo mi padre, caminando por el pasillo con la ayuda de un bastón.

Yo sonreí con ternura y, antes de acercarme a él, alguien me agarró por la cintura.

Zack...

—Soy el hombre más afortunado del mundo, suegro —dijo Zack con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo mordí el interior de mi mejilla para reprimir las ganas de insultarlo. Caminamos hacia el comedor, tomamos asiento en la mesa y empezamos a cenar. Las horas pasaron con lentitud mientras mi padre y el señor Hammer hablaban de negocios y, por otra parte, mi madre y la señora Hammer organizaban los preparativos de la boda.

De repente, me sobresalté cuando Zack se levantó, golpeando un costado de su copa de cristal con unacucharay esperó a que nuestros padres se callaran.

—Familia, quiero que presten atención a lo que voy a decir —habló Zack y me tomó de la mano, obligándome a levantarme del asiento.

Apreté los labios con fuerza y me esforcé para no protestar.

—Jennifer Hernández, quiero pedirte que te cases conmigo y quiero que nuestros padres sean testigos —dijo, sacando un anillo del bolsillo de su chaqueta de traje.

Parpadeé varias veces atónita y las lágrimas escaparon para liberar un poco el sufrimiento que mi corazón ya no podía dar cabida.

Antes de que Zack me pusiera aquel anillo en mi dedo anular, se escucharon los gritos de los seguridadas en la entrada principal.

Mis padres se levantaron del asiento con los rostros llenos de pánico.

—¡Quietos! —gritó con autoridad uno de los seguridadas.

Desvié la mirada hacia la entrada del comedor y observé con la boca abierta a Rick, quien apareció de la nada con un maletín en la mano.

Su mirada recorrió a todos los presentes, pero luego sus ojos color azul se clavaron en mí.

—Nunca rompo mis promesas, pequeña.

---

# Capítulo 15

Rick caminó hacia el interior del comedor, pero el segurita entró y se lo impidió.

—Señor Hernández, este hombre ha entrado sin permiso. Siento mucho las molestias, ahora mismo viene la policía en camino —dijo el segurita.

—¡No! —grité a todo pulmón.

Mi padre me observó con el ceño fruncido y luego clavó la mirada en Rick.

—Buenas noches, señor Hernández —dijo Rick educadamente—. Déjenme que me presente, por favor. Soy Rick Méndez, mecánico del taller Méndez, el mismo taller que su empresa intentó derrumbar hace unos días —aclaró, apretando los puños con fuerza—. Siento haberme presentado así en su casa, señor, pero lo que traigo en este maletín no le defraudará.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —preguntó Zack enajenado por la ira.

Rick dejó el maletín en la mesa y se acercó a Zack con cara de pocos amigos. Sus facciones se habían vuelto rígidas. Estaba cabreado... muy cabreado.

—Eres un hijo de puta, Zack —dijo y luego miró a la señora Hammer—. Sin faltarle el respeto, señora. —La madre de Zack abrió la boca, incrédula—. Se te ha terminado el juego, Zack. En ese maletín hay suficientes pruebas para encerrarte de por vida —dijo, al mismo tiempo que señalaba el maletín con el dedo—. Thomas, el hombre que contrataste para hacer los trabajos sucios, vive en mi pueblo. Tiene un sinfín de pruebas contra ti. ¡No acosarás más a Jennifer, cabrón!

Observé de soslayo el entristecido rostro de mi padre y cerré los ojos, rezando para que no sufriera un ataque al corazón.

—Estás loco, Rick, no puedes acusarme de algo así. Te estás cavando tu propia tumba. Me encargaré de que no vuelvas a ver la luz del sol —lo amenazó Zack.

—Tengo pruebas que justifican lo que digo, Zack, y también tengo muchos testigos —gritó con la yugular hinchada—. No le contaste a Elisa tu plan de casarte con Jennifer, y ella está muy dolida contigo. Me llamó y me dio un sinfín de audios, mensajes, fotos... Elisa te ha traicionado, Zack. Estás jodido,

cabrón. El que no volverá a ver la luz del sol eres tú—dijo Rick, sonriendo de forma ladina.

—¡No! —grité con pavor cuando Zack se abalanzó sobre Rick.

Los dos se enzarzaron en una violenta pelea. Hubo muchos puñetazos, patadas, pisotones... La brecha en la ceja de Rick emanaba sangre que caía por su ojo.

—¡Rick, por favor, para! —sollocé llena de miedo. ¡Miedo de que le sucediera algo malo!

—¡Maldito loco, deja a mi hijo! —El señor Hammer se acercó a Rick y le estampó una silla en la espalda con todas sus fuerzas.

Me llevé las manostemblorosas a la boca, preocupada por Rick. Creí que Rick se quedaría en el suelo, inconsciente, pero no. Él se enderezó hasta alcanzar su metro noventa de estatura y se acercó al señor Hammer con el puño apretado.

—¡No, Rick, no lo hagas! —grité, interponiéndome en su camino para evitar una catástrofe.

—¡Jennifer! —gritó mi padre con la mano en el pecho.

Rompí a llorar mientras de mi garganta emergían sonidos inclasificables. Mi miedo se acrecentó con el ruido de una sirena policial, acercándose a la casa.

De repente, todo sucedió a cámara lenta. Dos policías irrumpieron en la casa, armados hasta las cejas. Rick, sin dejar de observarme fijamente, quedó quieto mientras un policía lo esposaba.

Dejé que las lágrimas salieran a raudales mientras negaba con la cabeza.

Y, sin esperármelo, Rick sonrió.

—Yo ya he cumplido mi parte, Ginebra. Te prometí que terminaría con esta pesadilla, cariño —dijo, antes de que los policías se lo llevaran arrestado.

Caí de rodillas, llorando con una impotencia en mi alma al saber que Rick iría a la cárcel.

Mi padre se acercó a mí con la preocupación reflejada en el rostro.

—Hija, ¿estás bien?

Yo negué con la cabeza.

—Papá, lo amo —susurré entre sollozos, pero él no me escuchó.

—¡Hammer, amigo mío! —gritó mi padre—. Te prometo que haré justicia. Me aseguraré de que ese hombre vaya a la cárcel.

Yo abrí los ojos, aterrada.

—¡Papá, no puedes hacer eso! —grité, haciéndome oír.

Mi padre me observó con el ceño fruncido, confundido por mi reacción.

—¿Por qué, hija? —preguntó mi madre, acucillándose hasta quedara mialtura.

Yo cerré la boca y tragué saliva con dificultad cuando Zack, con la cara ensangrentada, me fulminó con la mirada.

Las luces azules de los coches de policía reflejaron en las ventanas y mis nervios aumentaron. Rick iba a ir a la cárcel.

«Yo ya he cumplido mi parte, Ginebra», recordé la frase de Rick.

Observé de reojo el maletín que estaba encima de la mesa y, armándome de valor, hablé:

—Quiero contaros algo que me he callado durante mucho tiempo...

---

# Capítulo 16

Después de aquella noche, todo cambió.

Les conté a mis padres toda la verdad, todo el daño que Zack y Elisa me habían estado haciendo durante todos estos años. Y, gracias a las pruebas que Rick trajo en su maletín, la policía pudo encerrar a Zack y a Elisa en la cárcel.

¡Sí! ¡Mi pesadilla había terminado!

Mi padre se enojó tanto que dejó de hacer negocios con el padre de Zack.

¡Él no quería saber nada de la familia Hammer!

Por otra parte, Rick estuvo encerrado en la cárcel durante una semana. Mi padre pagó la fianza y logró sacarlo de allí. Pero desde que Rick salió de la cárcel, los dos no nos volvimos a ver, ni siquiera volvimos a hablar. Sabía que Rick estaba cabreado conmigo. Porque antes de que Zack entrara en la cárcel, su padre logró derribar el taller de la familia Méndez. Por mi culpa, la familia de Rick se quedó sin trabajo.

Observé fijamente una mancha en la alfombra de mi habitación, absorta en mis pensamientos. Hoy era mi graduación y debería estar contenta, pero no quería celebrar nada. No tenía ganas de nada.

*Pum, pum.*

Limpié las lágrimas con el dorso de mi mano mientras me levantaba de la cama. Salí de mi habitación y alguien golpeó de nuevo la puerta de la entrada.

Observé las llaves de Ana en la mesa del salón y puse los ojos en blanco. Mi amiga se había olvidado las llaves.

Abrí la puerta y me encontré a quien menos imaginé encontrarme allí.

—Rick... —murmuré con voz casi inaudible, sorprendida de verlo después de tanto tiempo.

Rick llevaba puesto un traje negro con corbata a juego y camisa blanca. Tenía las manos escondidas detrás de su espalda, observándome fijamente como si fuera la primera vez que me tenía delante.

—He venido aquí porque necesito aclararte una cosa —dijo él con la voz temblorosa—. Estabas realmente equivocada cuando me dijiste que te pedí para salir un sábado por la noche.

Yo fruncí el ceño, tratando de recordar la conversación...

«Un sábado por la noche te presentaste en mi puerta. Traías puesto un traje



negro y en una mano sostenías un ramo de rosas azul celeste y en la otra mano una cajita de terciopelo con un anillo dentro. Yo me sorprendí y me llevé las manos a la boca para no echarme a reír. Te arrodillaste frente a mí, me entregaste el anillo y suplicaste, una y otra vez: «por favor, Jen, sal conmigo».

—Ginebra, hoy es viernes —dijo, humedeciéndose los labios con la lengua. Estaba nervioso—. He venido en traje y corbata —comentó sonriendo—, para arrodillarme ante ti.

Rick se arrodilló sobre la rodilla derecha delante de mí y sacó un enorme ramo de rosas azul celeste detrás de su espalda.

Me dio un vuelco al corazón, mientras el tiempo parecía detenerse.

—Falta algo —dijo y yo abrí la boca.

¿El anillo?

Rick me cogió la mano y sacó una llave del bolsillo de su chaqueta.

¡La llave de mi coche!

Me sentía extraña, nunca en mi vida me había sentido tan triste y furiosa al mismo tiempo. Cerré los ojos y agarré la llave con la mano temblando.

«Seremos novios hasta que mi coche salga del taller», recordé el trato.

Rick volvió a agarrarme la mano y, esta vez, me besó en los nudillos.

—No encontré una cajita de terciopelo, lo siento —dijo y sacó un anillo del bolsillo de su chaqueta.

El anillo era de plata y tenía un pequeño diamante con forma de corazón. Intenté decir algo y tragué saliva para deshacer el nudo de nervios en mi garganta, pero no fui capaz de pronunciar ninguna palabra.

—Siempre dije que no quería casarme. No quería, o al menos eso pensaba hasta que te conocí, pequeña —su voz sonaba nerviosa. Rick me colocó el anillo delicadamente en el dedo anular—. Sé que no te merezco, lo sé perfectamente, pero quiero que formes parte de mi vida, Jennifer. Quiero que te cases conmigo y que te quedes a mi lado para siempre —Rick, se levantó del suelo y suspiró mientras observaba con embeleso el anillo en mi dedo anular—. Jennifer Hernández, mi Ginebra, ¿quieres casarte conmigo?

Lo miré a los ojos sin poder creérmelo. Rick Méndez, el hombre que amaba con todo mi ser, quería que fuera su esposa.

Rick se pasó una mano por la cara, entre una mezcla de desesperación y nervios.

—Sé que puede parecerte precipitado, pero te juro que cuidaré de ti hasta mi último aliento. Te seré siempre fiel. Nunca te haré daño. Puedes pensártelo si quieres y darme una respuesta mañana o...

Sin darle tiempo a que terminara la frase, lo besé.  
—Sí, quiero casarme contigo.

---

# Epílogo

Observé el plano de la edificación entre mis manos mientras las excavadoras y la pavimentadora terminaban de hacer los aparcamientos.

Sonreí ampliamente cuando observé el taller.

—Talleres Méndez — leí en voz alta el rótulo luminoso del taller que yo misma diseñé.

Saludé a lo lejos al padre y al hermano de Rick. Ellos estaban tan felices...

—¡Señora Méndez! —gritó uno de los obreros encima de la excavadora —. Ya hemos terminado con esta zona. Mañana seguiremos, si le parece bien.

Yo alcé mi dedo pulgar y me saqué el casco de la cabeza mientras suspiraba con cansancio. Hacía un calor insoportable, quería sacarme el vestido y ducharme con agua fría.

Observé mi anillo en el dedo anular y sonreí como una tonta.

«Señora Méndez», pensé mientras mis mejillas se sonrojaban.

El sonido de un claxon me hizo voltear. Sonreí con picardía cuando observé a Rick dentro de su camioneta.

Entré dentro del coche y Rick sonrió de forma ladina:

—No sabes lo sexy que estás cuando te pones seria con los obreros — susurró él con voz ronca.

—Estoy pensando en comprarme un látigo —dije con voz inocente.

Rick carcajeó y yo lo observé embobada. Llevaba puesto su mono gris de trabajo con las mangas atadas a la cintura y sin camiseta.

—Tú sí que eres condenadamente sexy, cariño —le dije, agarrándolo por la nuca y besándolo con ganas.

Él me atrapó el labio inferior con los dientes.

—Quiero llevarte a un sitio.

Después de casi diez minutos en coche, Rick aparcó frente a un campo lleno de flores y rodeado por árboles. Allí, se respiraba naturaleza y tranquilidad.

—Bájate del coche —me ordenó, al mismo tiempo que se bajaba de la camioneta.

Cuando salí afuera me di cuenta de que la caja del pick up estaba cubierta

por una lona negra. Rick sonrió y sacó la lona.

—Oh, Rick... —expresé con asombro, llevándome las manos a la boca.

—Quería celebrar nuestro aniversario de casados.

En la caja del pick up había una manta blanca, pétalos de color azul celeste, una cesta llena de comida y dos velas.

—Te amo —confesé.

Rick me cogió por la cintura y me sentó en la parte trasera de la camioneta.

—No es una cena en un hotel de cinco estrellas, pero...

No dejé que terminara la frase. Se lo impedí con un beso.

—Esto es mucho mejor que cualquier hotel de cinco estrellas, Rick —le dije con una sonrisa llena de ternura—. ¿No hay una botella de champán para celebrar nuestro aniversario?

Rick sonrió con picardía, mientras me bajaba las tiras del vestido por los hombros y los brazos.

—¡Oh, Ginebra! Tú eres la única que puede saciar mi sed y emborracharme de amor.

Yo reí cuando Rick empezó a mordirme el cuello.

Nunca creí que encontraría al amor de mi vida en un taller perdido en la nada. No podía creerme que todo esto sucediera gracias a que se pincharon las dos ruedas de mi coche. Rick me hacía sentir segura de mí misma, ¡me hacía sentir única en todo el mundo!

¡Sí! Con Rick Méndez, mi héroe mecánico, todo iba... **SOBRE RUEDAS.**

## Fin

---